BRUGUERA




HEROES PRADERA

# Silver Kane

## POKER DE DAMAS

SILVER KANE
POKER DE DAMAS

# CAPÍTULO I

Aniversario con sangre El honorable senador Gaskell levantó su copa y miró por encima del borde a la selecta concurrencia que le acompañaba aquella noche.

Lo mejor de Texas estaba allí.

Banqueros, políticos, grandes rancheros, ricos herederos, encopetadas damas que lucían sus joyas...

Era para sentirse satisfecho.

Gaskell se había propuesto dominar Texas y lo estaba consiguiendo. Todos los que se habían reunido en torno a su mesa serían, además, un magnífico apoyo para cuando él presentase su candidatura a la presidencia de Estados Unidos.

Estaba viviendo una gran época.

—Señoras y señores —dijo—, les agradezco el afecto que me han dispensado siempre y en especial la nueva prueba del mismo que me están dando al haber aceptado mi invitación para festejar mi cincuenta aniversario. En nombre de ese afecto que nos une, levanto mi copa para brindar por la salud de todos ustedes.

Todo el mundo se puso en pie.

Las copas se alzaron.

Gaskell acercó a la boca el borde de la suya.

Fue a beber.

Se sentía feliz, inmensamente feliz. Satisfecho, inmensamente satisfecho.

En aquel momento sonó un disparo.

La bala llegó desde la puerta, pasó por el centro de la mesa, entre las cabezas de los invitados, y se empotró en la copa que Gaskell sostenía a la altura de los labios. Naturalmente, el finísimo cristal no la frenó en absoluto. La bala destrozó la cara de Gaskell, que cayó hacia atrás con las facciones tintas como si quisiera

despedirse de la vida de acuerdo con la riqueza que él siempre había tenido. No todo el mundo podía permitirse el lujo de irse al otro barrio brindando con champaña francés.

Gaskell ni siquiera gritó.

La bala le había matado instantáneamente.

Fue después de aquel disparo cuando se produjo un espeso, un ominoso, un apabullante silencio. Todos los que estaban en la sala —lo mejor de Texas— no sólo no se atrevieron a chistar sino que quedaron sin respiración. Volvieron poco a poco las cabezas hacia la puerta, donde acababa de producirse el fogonazo.

Lo que vieron les pareció increíble. ¿Era posible que una mujer tan bonita hubiera disparado con tanta frialdad y tanta precisión? ¿Era posible que hubiese llegado hasta allí desafiando el poder de los guardianes de Gaskell?

Todo sucedió como en un chispazo.

Dos de los guardaespaldas —los únicos que en aquel momento había en la sala reaccionaron de pronto. Desenfundaron las armas mientras uno de ellos gritaba:

—¡Atrápala, Mac!

Fue lo último que dijo.

La mujer disparó otra vez con una puntería infalible. El guardaespaldas sintió un golpe en la sien y se desplomó sobre la mesa entre un grito de la muchedumbre.

El otro vio confusamente cómo la mujer saltaba hacia atrás. Y lo que distinguió le hizo parpadear tres veces.

A pesar del peligro, a pesar de la sensación de muerte que le rodeaba, no pudo evitarlo.

Pensó:

«¡Qué tía!»

La asesina o lo que fuera —ya no sabía cómo llamarla—, llevaba un largo impermeable negro, como los que usaban los vaqueros para viajar a través de la llanura. El impermeable llegaba hasta los pies. Pero eso era lo de menos, porque estaba entreabierto.

Lo que se advertía debajo resultaba asombroso incluso para los invitados de Gaskell, que estaban acostumbrados a ver mujeres bonitas.

La desconocida llevaba bajo el impermeable unos shorts negros que apenas le cubrían el nacimiento de los muslos. Esos muslos —

que hubieran dado envidia a una escultura—estaban ceñidos por unas finas medias que terminaban en las botas de media caña. Por encima de este conjunto —aunque este detalle pudieron advertirlo sólo confusamente— usaba una blusa color gris.

Su cabellera era larga y de color bronce. Le resbalaba sobre los hombros.

Pero nadie pudo fijarse en más detalles de aquella fantástica y escultural mujer.

Porque delante de ella…, ¡estaba aquel maldito revólver! ¡Y había que ver cómo lo manejaba!

Mac, el otro guardaespaldas, había tratado de disparar. Vaciló un momento, porque tenía delante a algunos invitados. Y esa vacilación le resultó fatal.

La desconocida había vuelto a disparar.

La bala pasó cerca de los invitados sin rozarles siquiera, y se empotró en la cabeza de Mac. Éste ni tan sólo se dio cuenta de que moría. Cayó de rodillas y disparó maquinalmente, dos veces al suelo, obligando a «bailar» a algunas ilustres damas, porque las balas silbaron entre sus pies.

Luego la desconocida desapareció.

Sus movimientos eran rápidos como los de una gacela.

Pero su huida no iba a ser tan fácil. Si había llegado hasta allí amparándose en las sombras y aprovechando el bullicio de la fiesta, después de los disparos tendría cortados todos los caminos. Precisamente la casa del senador Gaskell era una de las mejor guardadas de Texas.

Pero ella debía haberlo estudiado todo.

Corrió hacia las escaleras que llevaban al piso superior. Un hombre descendía por ellas en esos momentos. Llevaba un Colt 45 en la derecha y lo alzó al verla.

La muchacha saltó.

Su salto, ágil y elástico, fue semejante al de una pantera. Aterrizó detrás de un jarrón chino auténtico que ocupaba uno de los ángulos. El pistolero de las escaleras la perdió de vista durante un par de segundos, mientras hacía fuego.

El jarrón saltó hecho pedazos.

Fue una verdadera lástima.

Al menos tenía cien años.

Pero el pistolero de las escaleras tenía exactamente veintitrés años, seis meses y tres días. No cumplió ni uno más. El jarrón chino se estaba convirtiendo en pedazos cuando la mujer disparó a su vez. El pistolero rodó por los peldaños mientras lanzaba un grito de agonía.

La extraña mujer volvía a tener el camino libre. Aprovechando el desconcierto total que imperaba en la casa, subió por las escaleras y saltó por encima del cadáver.

Al llegar al piso superior se dirigió a una de las ventanas.

Por allí había penetrado antes, dejándola entreabierta. Seguía estando así, y a través del hueco penetraba el vientecillo fresco de la noche. La mujer saltó por ella como una gacela. Una bala de rifle la siguió y rozó su impermeable negro cuando ésta desaparecía.

La desconocida se encontró en un resbaladizo tejado de pizarra sobre el que goteaba la lluvia. Eso había hecho que se convirtiera en una especie de pista de patinaje por la que se deslizaron sus pies. El impermeable quedó enganchado en un saliente y se desgarró de parte a parte.

Fue entonces cuando se distinguió con toda plenitud la maravillosa perfección de las curvas de la chica. Fue entonces cuando cualquiera pudo ver hasta qué punto las prendas que llevaba la dotaban de un atractivo diabólico.

Lástima que en aquel momento sólo pudiera distinguirla un hombre.

Y más lástima aún que aquel hombre viviera tan poco tiempo.

Iba a disparar desde el tejado con su rifle —pues era uno de los centinelas de la casa— cuando la mujer se volvió hacia él. Por lo visto, había estudiado muy bien la situación y conocía el sitio que ocupaban todos los guardianes. Hizo fuego dos veces.

El guardián recibió ambos plomos en el estómago. Lanzó un gruñido, apretó el gatillo maquinalmente y envió una bala contra el tejado. Un instante después se deslizaba él también hacia abajo mientras le bañaba la fina lluvia.

La mujer saltó.

Su agilidad seguía siendo pasmosa.

Pareció como si se hubiera de romper la pelvis al estrellarse de aquel modo sobre la silla del caballo que la estaba aguardando. En realidad, hizo un gesto de dolor, pero no le pasó nada más. Picó

espuelas rabiosamente.

Y entonces lanzó el revólver al suelo.

Se había dado cuenta de que en el cilindro no le quedaba ni un plomo más.

Su izquierda sacó entonces el largo y pesado cuchillo que llevaba al cinto. Lo hizo a tiempo, afortunadamente para ella, porque dos segundos más tarde no hubiera podido contarlo. Un hombre armado con otro rifle acababa de aparecer en una de las ventanas de la casa.

Ella lanzó el cuchillo.

Lo hizo con la mano izquierda, pero tenía tanta habilidad como con la derecha.

Quizá eso se debía a un largo entrenamiento. El caso fue que el hombre que estaba en la ventana se largó con la duda hacia los caminos de la eternidad.

El cuchillo pasó por debajo de los brazos alzados que sostenían el rifle y se hundió en el pecho del centinela. Éste lanzó un grito, mientras sus facciones, de pronto, se volvían espantosamente blancas.

El caballo salió disparado entre las sombras de la noche.

La misteriosa mujer fue tragada por aquellas sombras, que la envolvieron como un sudario. Unos segundos después ya no se oía ni el ruido de los cascos del caballo. Sólo el lento chapoteo de la lluvia.

El cielo era cada vez más negro. Por macabro contraste, en la casa del senador Gaskell brillaba acremente el rojo de la sangre.

# CAPÍTULO II

Un encargo para London Un hombre había disparado dos veces mientras corría hacia la salida del saloon. Sus disparos fueron cobardes e innecesarios, puesto que nadie le atacaba.

Tuvieron por objeto únicamente sembrar el terror.

Aquello entraba en los métodos de Patterson.

Quería que, allí por donde pasaba él, nadie se atreviera ni a mover las manos.

Dos bebedores que aún estaban en la barra resultaron acribillados por el plomo.

Se arrugaron alcanzados mortalmente, sin saber lo que ocurría, pero no soltaron sus vasos. Ni que quisieran ser enterrados con ellos.

Una bailarina lanzó un alarido.

Patterson se puso nervioso.

Los alaridos no le gustaban.

Disparó una vez y atravesó la pierna izquierda a la muchacha mientras reía locamente.

Sabía que, para una bailarina, ése era peor suplicio que quitarle la vida.

Fue a saltar entonces hacia los batientes, que ya tenía muy cerca. Patterson el Loco estaba casi en la calle cuando aquello ocurrió.

Los batientes del otro lado fueron empujados por alguien.

De pronto, los gritos en el saloon cesaron y se hizo un ominoso silencio.

Todos vieron aquellos ojos grises.

Aquella expresión despectiva.

Aquella mano crispada.

Patterson fue a disparar hacia allí, porque acababa de reconocer

al recién llegado. De entre sus labios escapó un nombre:

—London…

London le disparó al revólver. Se lo hizo polvo en frac ciones de segundo. Patterson lanzó un aullido al sentirse indefenso, mientras trataba de revolverse.

London avanzó entonces. En el silencio del saloon, atravesando el humo de la pólvora, se oyó el sonido de sus espuelas.

Ahora tenía a Patterson a su merced. Podía matarle con sólo disparar el gatillo.

Pero no lo hizo. En las facciones rígidas de London hubo un gesto de desprecio.

Masculló:

—Pronto… ¡Dadle un revólver a esa rata!

En el primer momento, nadie quiso dárselo. Todo el mundo quería que Patterson muriese como lo que efectivamente era: como una rata. El dueño del saloon musitó:

—No se arriesgue, London. ¿Por qué no le mata de una vez? ¿No sabe que es un condenado a muerte?

—Nunca mato a hombres que no pueden defenderse —dijo London con voz seca—. ¡Maldita sea! ¡Dadle un revólver! Y él mismo guardó el suyo en la funda.

Patterson respiraba ansiosamente. Había sembrado la muerte en aquel saloon como la sembró en otros a lo largo de su vida. Había venido a matar a un hombre y había acabado matando a varios. Pero ahora se encontraba con la horma de su zapato, ahora se encontraba ante aquellos ojos implacables que eran como un anticipo del Más Allá.

Balbució:

—Llevabas persiguiéndome demasiado tiempo, London, pero lamentarás haberme encontrado. Todo esto se ha acabado para ti… ¡Se ha acabado, perro!

Alguien le había puesto un revólver en la funda.

Instantáneamente, Patterson «sacó».

Trató de ganar por mano a London. Intentó hacerse dueño de aquella décima de segundo que lo resolvería todo.

London también se había movido.

Sus ojos seguían siendo implacables.

Miraban a Patterson como a un insecto.

Disparó con tan fulgurante rapidez que todos los que estaban allí resultaron incapaces de seguir sus gestos. Antes de que Patterson alzara del todo su Colt, ya había recibido la bala mortífera.

Giró sobre sí mismo como si diera un último salto hacia la puerta. Otra bala le alcanzó en el camino.

Con un estertor ronco, se derrumbó sobre una mesa. Allí recibió el tercer plomo.

Quedó inmóvil mientras una botella goteaba sobre él. Por las tablas del suelo se deslizó la sangre.

London guardó el revólver calmosamente.

De pronto el saloon se había llenado de gritos. La gente corría a felicitar al vencedor. Hasta la bailarina herida había tratado de incorporarse para darle la mano.

London no hizo caso de todo aquello. Diríase que la po pularidad le molestaba. Con un suave gesto, como despidiéndose, se dirigió hacia la puerta del lado contrario a aquel en que yacía el muerto.

Un comerciante que había estado bebiendo allí le cortó el paso.

—Le felicito, London, le felicito sinceramente. Ha sido un magnífico trabajo.

—Yo no lo llamaría así. Simplemente he terminado con una pesadilla.

—Llevaba mucho tiempo persiguiendo a Patterson, ¿verdad?

—Sí, pero ya había renunciado a encontrarle. Lo de hoy ha sido una casualidad. ¿Por qué ha empezado a disparar?

—Decía que uno de los clientes le había molestado. Lo mató y de repente pareció enloquecer… Bueno, como otras veces. No era la primera masacre que Patterson organizaba por algo sin importancia.

—Ya no organizará ninguna más. Su sucia historia ha terminado.

Y London salió de allí.

Vestía como cualquier vaquero de Abilene, pero más alto y fuerte que la mayoría de ellos. Sus brazos largos y sólidos eran los de un boxeador. Tenía las piernas ágiles de los que han montado a caballo toda su vida. Llevaba un revólver con cachas de nácar en el que no había una sola m uesca, pese a que había matado a docenas de hombres a lo largo de su carrera.

—De su carrera quería hablarle —dijo de pronto una voz—. Eh, sheriff.

El se volvió.

Se encontró con aquellos ojos de color miel.

Con aquellas curvas.

Con aquel vestido color azul que ceñía un cuerpo de diosa. London no conocía a aquella mujer. Cosa lamentable, porque pocas había visto que resultaran tan bonitas como ella.

De modo que sonrió, pero dijo con indiferencia:

—Ya no soy sheriff. Hace más de dos años que colgué la estrella.

—Pero sigue teniendo la misma puntería.

—Para mi oficio eso es muy necesario. No sé si sabrá que luego me puse a trabajar por mi cuenta.

—¿Pacificador de ciudades?

—Ajá.

—Lamento que no haya trabajado nunca para mí —dijo la desconocida.

—¿Para usted?

—¿Es que no me conoce? Soy Elena Darnell.

Aquel solo nombre dijo a London más cosas que cien frases seguidas.

Se quitó el sombrero y musitó con un gesto de duda:

—Creí que no ponía los pies en este lado del Oeste... Qué hace aquí?

—He venido a buscarle, London.

—¿A mí?

—Naturalmente ¿No quiere que hablemos un momento? Vivo en el hotel.

Le señalaba el mejor establecimiento de aquella clase que había en Abilene. El joven hizo un gesto afirmativo y aceptó pasar. Ella le condujo a su habitación, lo cual era un gesto bastante atrevido, y más en aquella época.

Doblemente atrevido por tratarse de una mujer tan joven y tan bonita como ella.

Pero Elena Darnell no era como las otras.

Ella era una mujer de negocios.

Se sentó en una butaca, cruzó las piernas sin preocuparse demasiado del fascinante panorama que ofrecía y tendió una botella de whisky hacia London.

—¿Quiere?

—No, gracias.

Ella la destapó y bebió un trago, directamente.

Luego volvió a ofrecer:

—¿Quiere?

—Tal vez así sepa mejor —susurró London.

Y bebió también un trago.

Sentía clavada en el fondo de sus ojos la mirada inquietante de aquella mujer.

Ella susurró:

—¿Qué opina de mis piernas?

—Preciosas.

—¿Estoy bien así?

—Un poco más a la izquierda, por favor.

Ella obedeció.

London entrecerró los ojos.

A pesar de toda su experiencia en cuestión de señoras, sentía que se mareaba.

Susurró:

Perfectas. Pocas piernas he visto tan torneadas como las suyas, y eso que no soy un novato.

—No me juzgue mal —dijo ella con la mayor tranquilidad—. Conmigo no hay nada que hacer. Soy de hielo. Pero prefiero que la gente se encuentre a gusto cuando hablamos de negocios. Total, ¿qué me cuesta? Las piernas son mías, ¿no?

—Enteramente suyas. Lástima que no las alquile por horas.

Ella se encogió de hombros. Elena Darnell parecía una de esas mujeres con las que todo es posible y todo es imposible a la vez. Pero entró en materia directamente.

—Usted me conoce, London —dijo—. Aunque nunca haya trabajado para mí. Me ha oído nombrar.

—Naturalmente. Tiene usted una agencia de asesinos.

—Hombre… Yo no diría eso.

—Bueno… Llamémosle una agencia de pistoleros. La mejor agencia de pistoleros de todo el país.

—Eso es diferente. Cuando alguien quiere matar a un prójimo, me llama y yo le busco al hombre encargado de hacer el trabajo. Mi nómina de…, de gatillos es la más importante de Estados Unidos. Pero usted sabe que difícilmente falto a la ley.

London bebió otro trago de whisky.

—Reconozco que la mayoría de sus asesinos han matado a otros asesinos —dijo con voz helada—. Todo queda en casa.

—También me han encargado pacificar ciudades llenas de indeseables —continuó ella tranquilamente—. Y protecciones personales. Y búsquedas.

—Sé todo eso —musitó London.

—Ahora tengo el mejor trabajo y el mejor pagado para el mejor pistolero del sudoeste. Me han encargado que buscara a un hombre excepcional, un hombre que no pudiera fallar, y en seguida he pensado en usted, Jim London, a pesar de que nunca ha trabajado para mí hasta ahora. Celebro haber comprobado que sigue en plena forma.

El negó con la cabeza.

Y eso que resultaba difícil decir que no cuando se tenía delante —¡y de qué manera!— unas piernas tan fabulosas como las de Elena Darnell.

—No acepto trabajos —susurró—. Lo de Patterson ha sido una cosa personal y ya bastante antigua. Un grupo de amigos quiere que me presente a las elecciones para la Cámara de Representantes, basándome en que ahora soy un hombre famoso. He resuelto hacerles caso, ¿sabe? De modo que por un tiempo voy a dejar el Colt a un lado y dedicarme a la política.

—¿Tiene dinero para hacer eso? —preguntó Elena Darnell fríamente.

—No demasiado, he de reconocerlo.

—Sin embargo, la política es cara. La campaña electoral le costará un dinero que no sé si sus amigos lograrán reunir, sobre todo si usted se apoya en las gentes más pobres del país, como supongo. ¿Por qué no oye mi oferta? Quizá cuando la escuche se dé cuenta de que con ella podrá financiar una campaña electoral.

Y sin que London tuviera tiempo de negarse, susurró:

—Diez mil dólares.

—¿Diez mil dólares? ¡Diablos! ¿Por qué…?

Elena Darnell hizo más audaz exhibición de sus piernas mientras musitaba:

—Por matar a una competidora. Por liquidar a una mujer…

# CAPÍTULO III

Muerte en la bestia de acero Todos la llamaban «la bestia de acero», porque llevaba aún poco tiempo rodando por las llanuras de Texas. La gente no se había acostumbrado a su presencia humeante, a sus traqueteos, al ruido infernal con el cual asustaba a los rebaños y hasta las manadas de bisontes. No todo el mundo se atrevía aún a viajar en el ferrocarril porque malas lenguas decían que a la fuerza había de salirse de las vías en las curvas y que, en el mejor de los casos, el humo de la máquina asfixiaría a los pasajeros según como soplara el viento.

Realmente, algún descarrilamiento con víctimas se había producido ya, aunque el tren fuese a no más de cincuenta por hora.

Y el humo no ahogaba a los pasajeros —eso no—, pero los dejaba negros según por donde soplaba el viento.

El hombre que tomó asiento en un vagón de primera clase no tenía, sin embargo, miedo del ferrocarril, puesto que era uno de sus dueños. El honorable Graham había invertido grandes sumas en la vía férrea y esperaba obtener buenos beneficios apenas se popularizase el nuevo sistema de viajar.

Se alisó las patillas con la palma de la mano y se puso entre los gordezuelos labios uno de los cigarros habanos traídos especialmente para él.

Luego, miró a través de la ventanilla para ver si todo estaba en orden.

Un pistolero viajaría en el techo de aquel vagón, tragando humo, con tal de que nadie causara molestias al honorable Graham.

Éste suspiró satisfecho.

A él no le pasaría como al senador Gaskell.

Aún no sabía por qué diablos había muerto el senador. Pero por si acaso él tomaba todas las precauciones posibles.

El tren se puso en marcha y dejó atrás las pilas de carbón y los pequeños suburbios. Las líneas férreas estaban cambiando el Oeste al crear en algunas ciudades un cinturón sórdido de almacenes ennegrecidos y de vías muertas entre las que crecía la hierba. Pero un poco más allá la llanura ofreció de nuevo, a los ojos de Graham, toda su resplandeciente belleza. Éste consultó su reloj.

Iban a buena marcha.

Llegaría a tiempo para la comida de negocios y para dis traerse más tarde un rato con su amiguita Nancy.

De pronto, sus ojos pestañearon. ¿Qué diablos era aquello? ¿Estaba borracho? ¿Cómo podía un caballo galopar tan aprisa, hasta sobrepasar el tren? ¿Y quién era la extraña mujer que lo montaba?

Por unos instantes, la inquietud de Graham cedió a un sentimiento de admiración. Nunca había visto unas piernas tan hermosas, ceñidas por las botas de media caña y las finísimas medias que parecía fueran a romperse en cualquier momento. Pero dos tiras de cuero en la entrepierna hacían que tan delicadas prendas no sufrieran ningún daño al rozar con la silla.

Llevaba también una blusita gris.

Y sus cabellos color de bronce ondeaban al viento como una bandera.

Graham apenas pudo barbotar: ¡Infiernos!

La mujer había salido de no sabía dónde, pero se aproximaba al tren con meteórica rapidez. Aprovechaba para ello el poder galopar en línea recta, mientras que el convoy estaba dibujando una ancha curva.

Y la muy maldita llevaba un Colt 45 en la mano.

Se podía apostar doble contra sencillo a que con un Colt como aquel había sido liquidado el senador Gaskell.

Graham empezó a aporrear el techo con la punta de su bastón. ¿Pero era posible que el guardián no la hubiese visto? ¿Qué esperaba? ¿Es que se había dormido?

Pronto se dio cuenta de que no.

Vio de repente una mano lacia que asomaba por el borde superior de la ventanilla. Era una mano colgante, sin fuerzas, que oscilaba al compás de los vaivenes del tren.

No, el guardián no se había dormido. Peor que eso.

Graham no había oído el gemido gutural de su protector al

recibir el impacto en el pecho. No había oído tampoco el golpe seco de su cuerpo al estrellarse de bruces.

Mientras tanto, el caballo galopaba rabiosamente. Ya estaba casi a la altura de la ventanilla de Graham.

Éste aulló:

—¡Estás loca! ¡Yo no he hecho nada! ¡Nadaaaaaaa…!

Su grito fue ahogado por el estruendo de la locomotora, que en este momento se ponía a silbar furiosamente. Con un gesto espasmódico, Graham intentó lanzarse al suelo para quedar protegido entre los dos asientos del departamento.

No tuvo tiempo.

La desconocida había disparado una sola vez. La bala atravesó el cristal de la ventanilla. Sobre los restos de éste pareció flotar de pronto una nubecilla roja.

Graham se llevó las manos a la cara y se desplomó hacia atrás. El impacto le había alcanzado en mitad de la frente. Cayó en el asiento, mientras el tren volvía a silbar, silbar…

No dejaba de ser un curioso funeral para uno de los pre sidentes de la compañía.

# CAPÍTULO IV

El hombre silencioso de Texas El ataúd iba a ser cerrado meticulosamente. Los presentes a la ceremonia miraron el rostro de Graham por última vez.

Pese a los esfuerzos del embalsamador para peinarle con flequillo, no se disimulaban del todo los destrozos del balazo en mitad de la frente. Tampoco se había podido evitar la crispación de las facciones ante el horror a la muerte. Por lo demás, Graham era enterrado como un caballero, ya que como un caballero había vivido siempre.

En aquel momento entró un hombre en la habitación. Era un vaquero silencioso, de ojos grises y expresión enérgica, que sin embargo parecía hacer esfuerzos para pasar inadvertido. En sus manos de boxeador, el sombrero giraba lentamente. Miró cómo era tapado el ataúd y en el último instante entrecerró los ojos.

Nadie había reparado en él.

Pero con la mujer fue distinto.

La mujer que entró unos segundos después era de las que provocan un tumulto incluso en un entierro. Llevaba unas ropas de luto, muy ceñidas y tenía una figura espléndida, una arquitectura fuera de serie. Era, además, una de esas mujeres que parecen haber sido hechas para el amor, a pesar de que su mirada glacial y distante indicaba que despreciaba a los hombres.

Ya nadie se acordó del muerto.

Al muerto que le dieran morcilla.

Todos los ojos se clavaron exclusivamente en la mujer.

Elena Darnell casi se sintió molesta. Dijo a Jim London:

—Vámonos de aquí. Todos estos tipos son caníbales de carne femenina.

—Hace tiempo que no ven a nadie como tú —dijo suavemente

London.

Y salieron.

Muy cerca de allí estaba el hotel. Era un hotel elegante y de los que entonces se llamaban «modernos», con tresillos de tela floreada, tiestos con palmeras enanas y moscas audaces que aterrizaban en las calvas de los clientes. Pero sobre todo allí imperaba el silencio, un silencio que sólo se rompió cuando Elena Darnell se sentó y cruzó las piernas. Entonces alguien dijo:

—¡Córcholis!

Y cayó de espaldas.

Elena Darnell no hizo demasiado caso.

Estaba acostumbrada a que los hombres se rompieran las narices por ver sus piernas.

La única excepción era quizá aquel tipo silencioso y extraño, aquel hombre llamado Jim London, que no se emocionaba demasiado. Aunque de vez en cuando sus ojos tuvieran también como un brillo admirativo y secreto.

Ella musitó:

—Has visto la tumba de Gaskell y has llegado a ver el cuerpo de Graham. Te has dado cuenta de que la cosa es más grave de lo que pensábamos al principio.

Por consiguiente, la oferta sube: doce mil dólares.

Él reflexionó un momento.

Le había dado mucho que pensar aquel misterioso asunto, pero la verdad era que hasta entonces no había llegado a ninguna conclusión. Y adivinaba que no iba a ser fácil llegar a ella.

—¿Por qué mataron a Gaskell? —musitó—. ¿Qué había hecho?

—No lo sé.

—¿Ofendió a esa mujer de algún modo?

—No la conocía.

—¿A qué se dedicaba Gaskell? ¿Cuál era su negocio?

—¡Uf! Tenía muchos negocios. Un político como él está metido en diversos sitios, sobre todo si representa a los sectores más ricos del estado de Texas. Pero insisto en que ni siquiera conocía a aquella mujer, no la había visto nunca.

London se pasó la punta de un dedo por sus finos labios.

—¿Estaba unido de algún modo a Graham? —preguntó.

—Bueno... Ambos eran presidentes de la compañía del

ferrocarril.

Graham había puesto parte del dinero y Gaskell su enorme influencia para que la línea pasase por los sitios que interesaban a la compañía, efectuando grandes expropiaciones para que los terrenos resultaran baratos. En este sentido sí que estaban unidos.

—Yo he oído contar cosas... —musitó London.

—¿Qué?

—Por ejemplo, que esos dos hombres manejaban legiones de pistoleros.

No eran precisamente dos hombres de esos que van con el olivo de la paz en la mano.

La hermosa mujer rió despectivamente.

—El olivo de la paz... ¿Y quién lo usa en estos momen tos, hermano?

Texas es tierra de violencia y lo será siempre. Aquí sólo prosperan los listos y los que tienen la mano dura. Gaskell y Graham no eran unos angelitos, sencillamente porque no podían serlo.

—También me han hablado de un grupo —dijo London con la misma voz tranquila—. El llamado «Grupo de los seis». Parece que se encargan de imponer a su modo la ley que conviene a la compañía.

—Es posible. ¿Qué compañía no tiene pistoleros?

—Eso es cierto —reconoció el joven—. Yo mismo he trabajado para algunas de ellas.

—Entonces, ¿cuál es tu respuesta? ¿Aceptas?

—Doce mil dólares son una cifra tentadora —reflexionó él—. Ninguna mujer vale tanto.

Ella sonrió.

Le pasó un dibujo por encima de la mesa.

Un dibujo turbador, uno de los dibujos más extraños que el joven había visto nunca.

La mujer reproducida en él tenía unas líneas esculturales. Más perfectas incluso que las de la propia Elena Darnell. Y su vestido resultaba la mar de curioso, porque sólo llevaba unos pantaloncitos muy cortos, una blusa, unas medias finas y unas botas de media caña. Ah... Y un revólver colgado al cinto.

London pestañeó.

—¿De dónde diablos habéis sacado esto?

—Es la descripción que han dado de esa mujer todos los que la han visto. De su cara no han podido hablar apenas, pero sí de su cuerpo. Y de sus ropas. En la casa del senador Gaskell perdió un impermeable azul como los que usan los vaqueros. Lo tengo en mi equipaje para que veas sus medidas. Puede ser una buena pista.

—Sí —reconoció él.

—Pareces muy admirado, London.

—Tiene unas líneas espléndidas...

—Mejor. Así hará bonito en el ataúd.

—¿Sabe alguien cómo se llama?

—No. Ni idea. Los únicos datos son que tiene esa figura y que aparenta unos veinte años.

—Una figura de... de diosa.

—¿Tanto te gusta, London?

—No he dicho eso.

—En tu lugar no me entusiasmaría tanto. Seguro que besa bastante peor que yo. ¿Quieres probarlo?

Y se puso en pie.

London pensó: «¡Socorro!»

Con una mujer así, si uno empezaba ya no terminaba en tres meses. Por eso lo mejor era mantenerla a distancia.

Él lo había intentado y lo había conseguido hasta entonces. Pero todas las tácticas fracasan algún día.

Mientras se ponía también en pie susurró:

—Podemos hacer la prueba el mes que viene...

Pero no le valió.

Porque si a aquella mujer se le atravesaba una idea entre ceja y ceja... pues...

Hasta los cristales del hotel temblaron.

Al dueño se le cayó el tintero encima del libro registro y ni se dio cuenta.

El tipo que se había desmayado antes al ver las piernas de Elena Darnell, se estaba recuperando ya. Pero lo primero que distinguieron sus ojos al recobrar la noción de la realidad ponía los pelos de punta.

Gruñó otra vez:

—¡Córcholis!

Y se volvió a desmayar. Pero esta vez con el firme propósito de no despertarse hasta la mañana siguiente.

# CAPÍTULO V

Tras las huellas Un dibujo y un impermeable roto no son pistas demasiado concretas, pero en manos de un buen rastreador como London podían dar su fruto. Sobre todo el impermeable constituía para él una pieza de la mayor importancia.

Sabía que muy pocos talleres de Texas fabricaban aquel modelo. Eran tres o cuatro como máximo.

Llevando la prenda rota en la mano, fue a visitarlos a todos. Hasta llegar al último no tuvo suerte. El último era un industrial de Dallas que reconoció en seguida la prenda.

—Sí, la he fabricado yo. Tenemos una producción muy limitada de esta clase, porque casi todos los vaqueros prefieren los impermeables amarillos en lugar de los azules. Como el que usted me enseña, este año hemos vendido muy pocos.

—¿Recuerda a quién?

El fabricante entornó los párpados, haciendo un esfuerzo por concretar sus ideas.

—Sí... A los conductores de una caravana que iba hacia Wyoming y que supuse no volverían a Texas en un par de años. Y también al dueño del rancho más importante de esta comarca. Ése fue el que me compró una partida completa de impermeables similares al que usted me enseña.

Jim London apretó los labios.

Nunca hubiese imaginado tener tanta suerte.

—¿Cómo se llama ese rancho? —preguntó.

—El Grey.

—Lo conozco. Es muy importante...

—Hace poco aún lo era más. Algunas de sus tierras han sido vendidas, supongo que a causa de que los negocios no van bien del todo. Pero no me haga caso. Yo sólo entiendo de fabricar prendas

de vestir, y lo que puedo asegurarle es que éstas me las pagaron al contado.

London musitó:

—Gracias.

Y salió.

En sus labios flotaba una leve sonrisa, puesto que había averiguado bastante más de lo que esperaba. De modo que el rancho Grey… Muy bien. Iría allí sin tardanza. Un par de días de viaje le bastarían para llegar.

Se puso en camino y alcanzó las tierras, en efecto, cuarenta y ocho horas más tarde. Pero lo que vio le hizo parpadear con sorpresa.

Eran unas magníficas tierras.

Y, sin embargo, estaban del todo abandonadas.

Hasta unas costosas instalaciones de riego habían sido destruidas. Todo causaba una penosa impresión de paisaje desolado.

Vio que numerosas brigadillas de obreros trabajaban en el tendido de una nueva línea férrea. La actividad era incesante, mientras bastantes pistoleros vigilaban la zona para que nadie molestase.

Dos de ellos se acercaron al trote a London al advertir su presencia.

Llevaban los rifles cruzados sobre las sillas.

No podía decirse que su actitud fuera del todo ofensiva, pero se notaba que al menor movimiento sospechoso del recién llegado dispararían contra él.

Uno de ellos gruñó:

—Eh, amigo.

London alzó un poco las manos para que se viera que no deseaba usar ningún arma.

—Pasaba por aquí y me he parado a contemplar las obras —dijo —. ¿A qué viene tanta alarma?

—No nos gustan los mirones. Lárguese.

—No veo que haga ningún daño.

—¡He dicho que se largue!

London se encogió de hombros.

No le interesaba buscarse bronca ahora que su misión no había hecho más que empezar. No quería poner en peligro los doce mil

machacantes que tenía en perspectiva.

—Esta debe ser la compañía del señor Graham —musitó.

—Sí, pero el señor Graham ha muerto.

—Lo sé —dijo London—. Y el señor Gaskell.

—Por eso no queremos mirones aquí. ¡Fuera!

—Oiga... La línea férrea ocupa relativamente poco terreno. ¿Por qué, en cambio, han estropeado tanto a ambos lados?

—¿Y a usted qué le importa, imbécil? El terreno es nuestro porque ha sido expropiado. ¡Largo de aquí!

London se largó definitivamente.

Ahora ya sabía algunas cosas más. Sabía que existía una relación entre el rancho Grey y la compañía del ferrocarril, lo cual podía haber motivado aquella serie de muertes. Todo eso le confirmaba en la creencia de que estaba sobre la buena pista.

Vio a lo lejos los edificios del rancho.

Eran muy amplios y confortables.

Pero se notaba que la hacienda había sufrido mucho con las amplias expropiaciones. Ya no era lo mismo que antes debió ser, a pesar de que conservaba su notable riqueza.

Jim London prefirió no meterse más allí por el momento.

Fue a la población más cercana, que se llamaba Ranger y estaba a orillas del río Palo. Precisamente las obras de riego que había visto destruidas en el rancho estaban relacionadas con ese río.

Era ya de noche cuando se sentó a cenar en un saloon. Luego se quedó bebiendo una copa y fumando un cigarro mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

Por el momento lo único que sabía era que estaba en el buen camino.

Había dado con la pista.

Llevaba allí una hora cuando vio entrar a un hombre bien vestido y que aún no debía haber cumplido los veintiocho unos. Era de media estatura, con los cabellos rubios y las facciones agradables. Sin embargo, éstas eran algo flojas, demasiado suaves, como si se tratara de un hombre sin energía.

Tomó asiento en una mesa cercana a la de London, sin fijarse en nadie.

Tampoco era fácil distinguir al joven, pues éste había elegido intencionadamente una de las mesas más discretas, para poder ver

sin ser visto.

Un par de minutos después entraron tres hombres que se dirigieron sin vacilar a la mesa del recién llegado. Dos de ellos iban bien vestidos y tenían pinta de comerciantes de postín. El tercero era ni más ni menos que un pistolero. London lo reconoció al instante porque era uno de los que, horas antes, le habían interceptado cerca de la vía férrea.

Saludaron al que estaba en la mesa.

—Buenas noches, señor Grey.

London prestó atención inmediatamente al oír aquel nombre. Supuso que no se trataba del dueño del rancho sino de su hijo. Oyó su voz un poco tímida que contestaba al saludo:

—Buenas noches, señores. Siéntense. ¿Quieren beber algo?

—No, gracias. Iremos al grano inmediatamente.

Y fueron al grano. Ya lo creo que fueron. Uno de los que tenían pinta de comerciante murmuró:

—Necesitamos más tierras, Grey.

—Pero... ¡ya se quedaron con las mejores! ¡Y para la vía férrea no necesitan tanto!

—Ese es asunto nuestro. Los técnicos han dicho que necesitamos más terreno y ellos son los que tienen la última palabra.

—Amigos... Les ruego que me escuchen. La compañía del ferrocarril destruyó incluso las obras de riego que habíamos hecho junto al río. Se quedó con lo mejor. Yo sé perfectamente que no necesitan tanto terreno, y que lo que quieren es otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Lo saben ustedes perfectamente, de modo que parece mentira que me lo pregunten. La línea del ferrocarril ha hecho valorar enormemente los terrenos contiguos, de modo que ustedes se los están quedando todos. Un par de millas a la derecha de la vía y otro par de millas a la izquierda. ¿Qué significa eso? Que los podrán luego revender a buen precio para la instalación de almacenes y grandes zonas de carga y descarga de ganado. En realidad todo el tendido de la línea férrea les va a salir gratis con la revalorización de los terrenos. ¿Pero no les parece que yo ya he contribuido bastante? ¿No les he cedido más de lo que me pedían?

Uno de los hombres musitó:

—No es bastante.

—¿Por qué no?

—Voy a darle un consejo, Grey —dijo otro de los que estaban ante él—. No adopte la conducta que adoptó su padre.

—Demasiado sé que mi padre está muerto.

—Claro que sí… Descanse en paz. Era un gran hombre.

—Era un gran hombre —repitió cínicamente el pistolero al cual conocía London.

Uno de los comerciantes señaló con el dedo a Grey.

—Óigalo usted bien, amigo, porque voy a seguir con mi consejo: no continúe la línea de su padre. El se puso terco y ya está muerto. Después de eso usted se acobardó y consintió. Si se pone terco ahora, le dedicaremos una hermosa tumba y entonces consentirá su hermana. ¿Quiere que eso suceda? ¿Quiere que las cosas ocurran del modo que nosotros buscamos, pero estando usted ya en el reino de los muertos?

Grey no contestó.

Por lo visto le faltaban «argumentos» que oponer a los de aquellos tipos.

Jim London había apretado los labios. En apariencia sus facciones estaban impasibles, pero algo hervía en su interior. El chantaje de aquellos asesinos no le gustaba. El sistema que tenían para amasar millones, menos aún.

Lo peor era que el joven Grey no parecía un hombre del temple de su padre.

Miraba suplicante a los que hablaban con él.

Se notaba que jamás les plantaría cara. Que se limitaría a pedirles por favor que le dejaran en paz.

El pistolero puso una de sus manazas encima del hombro izquierdo de Grey.

—Decídete, hermano —murmuró—. Necesitamos dos millas más a cada lado.

—Pero… ¡pero con eso podrán fundar ustedes una ciudad!

—Exacto. Una ciudad de diversiones para la gente del ferrocarril. Ese es nuestro proyecto. Tienes hasta mañana para decirnos que sí.

Grey vaciló de nuevo.

—Podían darme un par de días…

—¿Para qué?

—He de hacer números, ¿no?

—Ya los hemos hecho por ti, muchacho. Decídete. O de los contrario…

La cosa estaba tan clara que no hacían falta más palabras. Grey tembló.

Y entonces se alzó London poco a poco.

No supo exactamente por qué lo hizo.

Él trabajaba indirectamente para la compañía ferroviaria, a través de Elena Darnell, pero ese pensamiento no le frenó. Sencillamente, no le gustaban aquellos tipos. De modo que se apoyó negligentemente en una de las columnas y musitó:

—¿Por qué no le dejan un par de días, amigos? ¿Por qué no puede hacer números y pensarlo?

El pistolero que ya conocía a London barbotó:

—Ese tipejo… ¡Resulta que Grey ha contratado a un matón!

—Grey no ha contratado a nadie puesto que ni siquiera me conoce —dijo tranquilamente London—, pero no me gusta ni . pizca la conversación que estoy oyendo. De modo que largo los tres de aquí. Y para hablar de negocios elijan un sitio que no sea el saloon. Hala, muchachos. Fuera…

La actitud de London no podía llamarse del todo agresiva. Ni siquiera había acercado la mano al revólver. Pero el pistolero que acompañaba a los dos mercachifles pensó que había llegado su oportunidad.

London le caía gordo.

Y si, matándolo, hacía méritos ante la compañía, mejor que mejor.

Instantáneamente, sin avisar, sacó el Colt. Fue un golpe sobre seguro.

Se movió con tanta rapidez que ningún hombre hubiera podido responderle estando desprevenido.

Pero London no lo estaba. Era zorro viejo. No había de jado de observarle ni una décima de segundo, aunque fingía al hablar con los otros dos.

Movió el brazo derecho con tal velocidad que pareció como si el arma hubiera brotado de sus dedos. Todo ocurrió en centésimas de segundo, en un tiempo tan breve que unos ojos humanos no hubieran podido seguirlo apenas. Sonó un solo disparo mientras

saltaba al aire una sola llama color naranja.

El pistolero cayó de costado sobre la mesa, sus ojos muy abiertos reflejaban un asombro total. Los dedos que ya empuñaban el Colt lo dejaron caer lentamente.

Los dos mercachifles quedaron petrificados.

No se atrevían ni a moverse.

London hizo con su Colt un leve movimiento para que el cañón señalara hacia la puerta.

—Largo —indicó.

Los dos tipos obedecieron.

No conocían a Jim London, pero adivinaron instantáneamente que se trataba de uno de los gatillos más implacables de Texas. Fueron hacia la puerta mientras el joven guardaba el Colt.

London no esperaba de ningún modo que Grey se lo agradeciese. Había actuado movido solamente por un estímulo moral. Pero tampoco esperaba que el ranchero le dedicase aquellas palabras.

—Váyase al infierno... —le dijo arrastrando las sílabas.

London se volvió hacia él con facciones inexpresivas.

Vio que al ranchero aún le temblaba la mandíbula. Sin duda estaba completamente aterrorizado. El pistolero profesional que era Jim London sintió una mezcla de asco y de lástima.

—El infierno es mi ambiente —dijo con suavidad—, de modo que me iré a él en seguida. ¿Pero puedo preguntarle qué pasó con su padre?

—Lo mataron.

—¿Esos tipos?

—Unos parecidos.

—¿Y usted no les ha escupido a la cara? ¿No se le ha ocurrido pedirles más que tiempo para pensarlo?

—Déjeme en paz. Ese es asunto mío.

—Me temo que sea un asunto de toda la comarca y encima no apto para ser tratado por los cobardes —dijo calmosamente London —. Por eso va a tener que contarme qué hizo cuando mataron a su padre.

—Cedí.

—¿Y ahora tiene miedo que lo maten a usted?

—Estoy seguro de que lo harán. En ese caso la que cederá será mi hermana.

—Ah… Tiene usted una hermana…

—Sí.

Los ojos de London se iluminaron un instante.

Pensó: Ya la tengo.

Ya había dado con la mujer que quiso vengar a su padre muerto. Ya había dado con una señora de cuerpo entero y que tenía muchas más agallas que su hermano.

—¿Cómo se llama su hermana? —musitó.

—Carlota.

—Carlota Grey… Bonito nombre. Me gustaría conocerla, ¿sabe? ¿Por qué no me invita a beber un whisky en su rancho, amigo?

—Porque van a creer que, efectivamente, es un matón que yo he contratado.

No quiero líos ni quiero verle más. No pienso enfrentarme a esa gente, de modo que déjeme en paz. Y pobre de usted si se atreve a venir por mi rancho.

—¿Por qué? ¿Es que el whisky es malo?

—El whisky es bueno y el plomo también.

London se encogió de hombros mientras sonreía.

—Está bien, hombre, está bien… —dijo—. Ya que usted me hace tanta propaganda, probaré las dos cosas…

Y salió de allí pasando por encima del muerto. Como casi tropezó con él, gruñó:

—No sé quién se cuida de la limpieza en estos saloons. Cada vez dejan más cosas tiradas por tierra…

# CAPÍTULO VI

Una niña con todo en regla Al día siguiente, London se dirigió a los edificios del rancho que ya había visto de lejos. Al fondo, a bastantes millas de distancia, quedaban los obreros del ferrocarril, de modo que no encontró a nadie. Bueno... no encontró a nadie hasta que estuvo a unas treinta yardas del edificio principal del rancho.

Ya empezaba a pensar que todo marcharía como una seda cuando de pronto apareció en el porche Grey con un par de hombres más.

Los tres llevaban revólveres y mantenían las manos a muy poca distancia de las culatas.

London detuvo el trote de su caballo y alzó un poco las manos mientras decía con una sonrisa:

—¡Pero qué agradable recepción...! Es usted muy amable, Grey, pero aquí algo falla.

—¿Qué es lo que falla?

—Ha puesto las cosas al revés. Yo creí que me invitaría probar su whisky antes de invitarme a probar su plomo.

—Aún no le he invitado a nada, London, excepto a una cosa: a largarse.

—Ah...¿Sabe mi nombre?

—Me informé después de marcharse del saloon anoche. Sé que es un granuja profesional, un tipo que se alquila para matar a precio fijo. Y yo no quiero gentuza de ésa en mi rancho.

—Pero en cambio admite a la gentuza del ferrocarril.

—No he tenido otro remedio.

—¿Quiere que le diga una cosa, Grey? No es usted lo que se dice un héroe.

—¡No necesito que me lo diga! ¡Fuera de aquí! ¡Largo perro!

Y miró a sus dos hombres.

Estos bajaron las manos un poco más. Llegaron a tocar las culatas que ya casi rozaban.

Y London también bajó la derecha.

Fue fulminante.

Demostró que tres enemigos le importaban lo mismo que uno. Demostró que aún no había quien se le pudiera enfrentar en aquel lado de Texas.

Los dos disparos brotaron de un costado de su caballo, mientras se dejaba resbalar hacia la derecha de la silla. Los dos pistoleros no llegaron a sacar sus Colt, o al menos no llegaron a sacarlos enteros. Cada uno de ellos asió una culata debajo de la cual ya no había nada: las dos balas de London habían deshecho el resto.

Estaban desarmados.

Inmediatamente el joven terminó de saltar a tierra. Grey no se había atrevido a sacar.

Estaba lívido.

—No he venido a armar jaleo —musitó London—. Sólo deseo conocer a su hermana. ¿Es eso tan grave?

—No veo razón para que... la conozca.

—¿No está aquí?

—Sí, pero...

London avanzó tranquilamente mientras de la casa salía un tipo gigantesco que tenía pinta de capataz. Debía haberlo visto todo y debía haberse dado cuenta ya de que con el revólver tenía un mal asunto por delante, por lo cual decidió emplear los puños. Sin que mediara una palabra, disparó un zambombazo contra la cara de London.

Si llega a alcanzarle se la cambia de sitio.

Pero London no era de los que están distraídos tocando la flauta en espera de que les aticen. Apenas vio salir al gorila ya adivinó lo que iba a ocurrir, de modo que ladeó la cabeza a tiempo. El puño le pasó rozando la oreja, lo cual le produjo un vivísimo dolor, pero la cosa no pasó de ahí. En cambio el capataz tuvo serios motivos, medio minuto más tarde, para pensar en pedir la jubilación anticipada.

Un zurdazo al hígado le hizo vacilar.

Un gancho al estómago le encogió.

Un corto a la boca le hizo cambiar de sitio el empaste de una muela.

Un gancho a la mandíbula lo levantó del suelo y lo convirtió en un serio aspirante a algo que no se había inventado todavía: el vuelo sin motor.

Un cruzado al pómulo le hizo dar el primer paso de un vals.

Un directo a la ceja izquierda se la llevó por delante.

Y, en fin, un uno-dos de los que hacen época le convirtió en algo así como un adelantado de los pilotos de pruebas.

Rodó por el porche y quedó sin sentido junto a una mecedora. A todo eso el tío no había podido disparar ni un solo golpe.

London pasó tranquilamente por encima.

Atravesó la puerta.

Penetró en el vestíbulo, que tenía una gran chimenea y confortables muebles de cuero.

Nada de eso le interesó. Fue hacia una puerta cerrada más allá de la cual oía brotar la delicada música de un piano.

Por la delicadeza con que interpretaba seguro que la que estaba ante el teclado era una mujer.

Abrió la puerta, cerrándola inmediatamente a su espalda porque no quería intrusos.

Vio la acogedora sala por cuyos ventanales entraba el sol. Todo aquello tenía un ambiente íntimo y acogedor, un ambiente que descansaba los sentidos. London, que no había contado con un hogar jamás, se dio cuenta de que allí se sentía instintivamente bien, de que no le hubiese importado estarse quieto horas y horas escuchando aquella música.

Claro que las horas y horas tenían que ser en compañía de aquella muñeca.

Ella llevaba una bata de casa, y al manejar los pedales del piano no se había dado cuenta de que los bordes caían a ambos lados. Y, si se había dado cuenta, lo disimulaba muy bien. Sus piernas majestuosas, ¿eran las mismas que había visto London en el dibujo? Sus líneas de diosa, ¿eran las mismas que el dibujante había tratado de plasmar?

Lástima que en el gráfico que él conservaba no estuviese reproducida la cara.

Sólo podía fiarse del cuerpo, y la verdad es que el cuerpo de una

mujer-cañón se parece siempre al cuerpo de otra mujer-cañón. Ésta tenía las mismas medidas que él había calculado en el dibujo, y además había razones sobradas para suponer que se trataba de aquella que Jim London estaba buscando.

Una hembra que valía doce mil dólares para él.

Pero muerta.

Viva no valía ni el precio de sus ropas.

Ella había dejado de tocar. Miraba a London con curiosidad, pero por su expresión adivinó el joven que no estaba demasiado sorprendida. Sin duda ya debía estar enterada de lo de la noche anterior y además debía haber visto lo ocurrido minutos antes, aunque fuera asomándose por una de las ventanas.

London susurró:

—Perdone que me presente de este modo. Quería conocerla.

—¿Por qué?

—Pura curiosidad. Me habían dicho que era usted una mujer estupenda, y veo que así es.

—¿Debo tomarlo como un cumplido o como un insulto?

—Nunca se me ocurriría insultar a una mujer diciéndole que está estupenda —susurró London con una sonrisa—. Eso sólo lo hago por cumplido.

Ella inclinó un poco la cabeza.

Estaba claro que no se sentía ofendida. Al menos la curiosidad podía más que su inquietud. Incluso sus labios llegaron a esbozar lo que hubiera podido ser un proyecto de sonrisa.

—Ni siquiera sabe quién soy —dijo.

—Se llama Carlota Grey, ¿no?

—En efecto. ¿Pero cómo me ha conocido?

—De la manera más original que usted pueda imaginarse —dijo London suavemente—. La vi en un dibujo.

Y mientras hablaba clavó profundamente sus ojos en el rostro de la mujer por si ella acusaba el impacto. Porque ya debía saber que sus perseguidores tendrían al menos un dibujo reflejando su aspecto. Pero Carlota debía ser una mujer con nervios de acero, porque ni siquiera se inmutó. London hubiera podido jurar que la frase había resbalado por la epidermis de Carlota Grey sin dejarle la menor huella.

—Es curioso —se limitó a decir—. Y ahora, ¿puedo saber a qué

ha venido?

—Me gustaría hablar con usted.

—Pues hable. Aquí me tiene.

—¿No puede ser en un sitio más tranquilo? Temo que de un momento a otro aparezca por aquí un gorila tratando de echar abajo la puerta.

—Entonces venga esta noche. Doy una fiesta íntima, con motivo de mi cumpleaños. Estamos de luto a causa de la muerte de papá, pero sabemos que a él le habría gustado, de todos modos, celebrar los aniversarios. Siempre fueron algo sagrado en esta casa.

—¿Y por qué cree que en una fiesta íntima podremos hablar más tranquilos que ahora?

Ella sonrió.

Tenía unos dientes sanos y fuertes y unos labios rojos y tentadores, la muy maldita.

—Hombre... —dijo—, porque si hay media docena de invitados nadie se atreverá a echar las puertas abajo. Es evidente que si usted se presenta aquí no lo expulsarán para no armar un escándalo. Y entonces podremos hablar tranquilos en el jardín, ¿no cree? Hay un magnífico jardín detrás de la casa.

London cabeceó afirmativamente.

—Comprendo. En las fiestas íntimas se puede crear un ambiente más discreto y menos violento, ¿no es así? Pero advierta a sus gorilas que no me tiroteen en los límites del rancho porque será peor para ellos. Quizá su hermano le haya hablado ya de lo pronto que se me termina la paciencia.

—Ya lo he visto —dijo ella con una sonrisa enigmática—. Lo he visto desde la ventana. ¿Me dirá al final esta noche a qué ha venido aquí con tantas ínfulas?

—Buscaba a una mujer bonita —murmuró sencillamente London —, y ya la he encontrado. Hasta la noche.

Se dirigió hacia la salida. Puso la mano en el pomo de la puerta, pero antes de hacerlo girar musitó:

—¿Por qué no asistes a la fiesta con esa bata? Tiene una manera de abrirse que marearía a una manada de bisontes.

Creyó que Carlota Grey se turbaría, pero en este sentido también se llevó una buena sorpresa. Carlota Grey dijo con el mayor aplomo:

—No, no me la pondré.

—¿Por qué?

—¿Cómo decírtelo? No acaba de gustarme. Es poco atrevida, es demasiado discreta...

Y se quedó tan tranquila.

London, a pesar de toda su serenidad, necesitó sujetarse al picaporte para no caerse. Demonios con la niña... ¿Pero quién había dicho que una mujer así necesitara una bala para matar a un hombre...?

# CAPÍTULO VII

Una sorpresa para London London llegó a la vista del rancho casi una hora después porque su caballo estaba cansado y no quería forzarlo. Era ya de noche.

Desde bastante trecho antes se había dado cuenta otra vez de que la tierra era rica, pero no estaba bien cuidada; había extensas zonas de árboles frutales plantadas a medias, vallas colocadas descuidadamente, pastizales inmensos donde pastaba un ganado muy escaso, y edificios mal pintados a los que había causado grandes daños el viento de la llanura sin que nadie se hubiera preocupado de las reparaciones.

Los edificios principales del rancho Grey, en cambio, eran soberbios y denotaban buen gusto y una pasada grandeza. Pero London sabía bien que un rancho no es más próspero porque tenga unos edificios muy hermosos, sino porque sus tierras estén bien cultivadas y porque sus pastizales se aprovechen debidamente.

Antes de llegar, vio el jardín. Era magnífico y debía re querir los cuidados de varios hombres. Aquel jardín estaba atravesado por varias sendas muy estrechitas por las que sólo se podía ir a pie, no a caballo. Vio también la cuadra, un edificio muy sólido construido con troncos donde debían caber al menos veinte o veinticinco animales.

Se detuvo ante ella. No había nadie.

—¡Cuadra! —llamó.

No acudió nadie. Volvió a gritar:

—¡Cuadra!

Fue en aquel momento cuando una voz dijo a su espalda:

—Permítame, señor. Yo cuidaré de su caballo.

London volvió la cabeza, sorprendido.

Porque lo que acababa de oír era una voz de mujer.

La miró.

La mujer era joven, muy joven. No debía tener más allá de diecinueve años.

Iba vestida con una cazadora de ante bastante rota, falda azul corta, botas de media caña y camisa negra. Sus ropas estaban salpicadas de briznas de paja, lo cual indicaba que dormía con los caballos, pero ningún hombre se hubiera fijado en un detalle así.

Un hombre —y London lo era— se hubiera fijado en los hermosos ojos negros, en su espléndida belleza.

Era una de las mujeres más hermosas, más completas y tentadoras que había visto en su vida.

Pero, aparte ello, era fácil adivinar que la muchacha vivía mal. No sólo por lo desastroso de sus ropas, sino por lo que hizo a continuación.

Puso ambas manos unidas, formando cazoleta, bajo uno de los pies del hombre.

London se asombró.

—¿Pero qué hace?

—Le ayudo a bajar, señor.

—¿Y yo... voy a poner mi bota en tus manos?

—Estoy aquí para eso, señor.

—¿Es que otros hombres lo hacen?

—Todos los que vienen al rancho.

—No lo entiendo. ¿Dónde está el encargado de la cuadra, muchacha?

—Soy yo, señor.

—¿Tú...?

—Desde luego.

La muchacha seguía teniendo las manos puestas en forma de cazoleta. E insistió:

—Permítame, señor.

—Gracias: de ningún modo.

London saltó ágilmente del caballo por el lado opuesto a aquel en que se encontraba la muchacha.

—¿Desde cuándo eres la encargada de la cuadra? —preguntó.

—Desde hace poco, señor. Pero van a reñirme por no haberle atendido como debiera.

—De eso me encargo yo. ¿Quién te nombró para este puesto?

—El señor Grey.

—¿Y los hombres? ¿Es que no hay hombres aquí?

—Los hay, desde luego, pero éste es el puesto donde me puedo ganar el pan con menos peligro.

—¿Y debes limpiar la cuadra tú?

—Claro, señor.

London no salía de su asombro.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó al cabo de unos instantes—. Tú podrías ganarte la vida en la ciudad.

—Allí correría más peligros.

—¿Por los hombres? También hay hombres aquí, y supongo que tienen los mismos instintos.

Ella bajó los ojos un momento.

—No debo hablar de eso con usted, señor. Déjeme.

—Eso no importa. Te he hecho una pregunta; por favor, contéstame.

—Los hombres de aquí no se me acercan. El señor Grey lo tiene prohibido. Yo tampoco puedo acercarme a ellos.

—Comprendo. Tal vez sea mejor así. Bueno… No tengo costumbre de confiar mi caballo a mujeres, pero en este caso…

—Descuide, lo atenderé bien. Se nota en seguida que es de excelente raza. ¿Tiene sangre árabe?

—Sí. Veo que entiendes.

—Me crié entre caballos. Y he aprendido a saber que ellos son más fieles que las personas.

London le entregó las riendas.

—Muy bien. Toma. No le des bebida ni grano hasta dentro de una hora, hasta que haya descansado un poco. Lo necesitaré seguramente antes de la noche. ¿Tú siempre estás aquí?

—Siempre, señor.

—¿Cómo te llamas?

Ella no contestó.

Tomó el caballo de las riendas y se dirigió hacia la cuadra, dejando sin respiración a London.

Éste oyó pasos que se acercaban por el sendero.

Y siguió sin respiración.

Era ya la segunda vez que le ocurría aquel día y las dos veces por la misma razón. Por una mujer. Se preguntó si es que allí las

mujeres eran más guapas o es que él tenía esa jornada los ojos teñidos de color de rosa.

Dijo con un soplo de voz:

—Buenas... noches...

La mujer que se acercaba era la heredera del rancho Grey. Aquellas joyas y aquella ropa sólo podía usarlas una mujer de elevada posición. Sin embargo, no fue eso en lo que se fijó London.

Captó su hechizo.

Eso era lo que llamaba la atención en ella, no los vestidos lujosos ni las caras joyas. Era una mujer hecha para el amor, y al mismo tiempo también para la distinción y la elegancia. Junto a la otra, el contraste era brutal, pese a ser las dos diabólicamente hermosas.

Ella contestó suavemente:

—Buenas noches.

Estaba ya junto a él. London la miró de arriba abajo, sin poder disimular lo que estaba pensando: que ella era una mujer como para ponerse a disparar cañonazos.

Pero sin que se enterase nadie...

Mientras hacía una leve inclinación de cabeza, London susurró:

—Acabo de tener una sorpresa. No sólo por lo bonita que estás, sino por la presencia de esa otra mujer.

—¿Qué otra mujer?

—La que cuida de los caballos.

Carlota Grey hizo un gesto de indiferencia.

—Ah, sí... Una chica que no sirve para gran cosa más. Olvídala.

—A mí me cuesta olvidar a una mujer. ¿Cómo se llama?

—Stella.

—¿Y por qué está aquí, dedicándose a ese trabajo?

—Quizá porque no sabe hacer otra cosa. Ha tenido oportunidades para mejorar, ¿sabes? y no las ha aprovechado, En fin, vuelvo a aconsejarte que la olvides. Si fueras a acordarte de todas las mujeres que trabajan en este rancho tendrías la cabeza ocupada todo el día y no podrías pensar en otra cosa.

Lo tomó por el brazo con la mayor naturalidad y le invitó con un gesto a entrar en la casa, donde se oía una música lenta. Nadie bailaba allí; sencillamente alguien debía estar dando un recital de piano con música de Chopin. Era una música adecuada para

celebrar un aniversario cuando el jefe de la familia ya estaba muerto.

Desde la puerta, Carlota Grey le mostró el ambiente del interior. Media docena de invitados escuchaban respetuosamente a la mujer que interpretaba al piano. La verdad era que no parecían divertirse demasiado, pero las circunstancias tampoco daban para más. Carlota musitó mientras sonreía:

—Ya te he dicho que sería sencillamente una fiesta íntima. ¿Entramos?

—No voy vestido para una cosa así —dijo London—. Tú has dicho que hablaríamos en el jardín.

—Ah, es cierto... Y la verdad es que ahí dentro te aburrirías tanto que no vale la pena. Acompáñame.

Nadie parecía haber notado la ausencia de la muchacha, porque todo el mundo estaba pendiente de la música. Avanzaron por los senderos estrechos, rodeados de follaje, hasta que tuvieron la sensación de estar solos entre la oscuridad y el silencio. Entonces Carlota Grey se detuvo y, suavemente, sin una palabra, le enlazó el cuello con los brazos y le ofreció sus labios.

London no estaba acostumbrado a que las chicas se ofrecieran con tanta facilidad. Sobre todo las señoritas de alta clase como era Carlota Grey. Por eso susurró:

—¿Haces lo mismo con todos los hombres?

—No, claro que no. Pero el que diseñó este jardín lo hizo pensando en las parejas que pasearían por él. De lo contrario un valdría la pena: sería desaprovecharlo.

Agitaba a la muchacha una secreta ansiedad. Sus ojos estaban entornados.

—¿Has besado a muchos hombres?

—Tú serás el primero. Me has parecido estupendo para hacer el aprendizaje.

—No puede negarse que tienes una cara más dura que la piedra, Carlota Grey.

—¿Y cómo lo sabes si todavía no la has tocado?

Él inclinó la cabeza y encontró en el camino aquellos labios cálidos y suaves.

Le parecía mentira estar junto a la mujer que había matado a Gaskell y a Graham, dos de los millonarios más importantes de

Texas. Le parecía mentira tener en los brazos a aquella deliciosa damisela que valía doce mil dólares para él… una vez muerta.

Carlota plegó un momento los brazos para estrecharle con más fuerza.

Parecía embriagada de felicidad, prendida en el hechizo irrepetible de aquella noche.

Los dedos de su mano derecha se entreabrieron un poco.

Por ellos resbaló el estilete de acerada punta.

Carlota Grey lo había sacado de una de sus mangas con la habilidad con que el tramposo saca el as que le hace falta.

Seguía besando ansiosamente.

Golosamente.

Pero para ella era ya como si besase a un muerto.

La punta del estilete apuntó hacia la nuca de London, que estaba apenas a tres dedos de distancia.

Y bajó como un rayo.

# CAPÍTULO VIII

Una zorra de hermosa piel Cualquiera que hubiese visto la escena habría pensado que London era ya simplemente un muerto. Lo mismo pensaba Carlota Grey cuando, sin dejar de besarle, bajó la mano con la cual había de dejarle seco en cuestión de segundos.

Pero ¿de veras pensaba ella que London era tan novato? ¿De veras creía que London no se había preguntado ya a qué venía tanto entusiasmo por besarle?

Apenas notó que la mano derecha de Carlota dejaba de presionarle el cuello, se puso en guardia. No oyó el deslizarse del estilete entre los dedos, ya que no hizo el menor ruido, pero fue como si viese exactamente lo que iba a ocurrir.

Sus gestos fueron tan rápidos, tan instantáneos, que la muchacha no pudo preverlos.

De pronto se dio cuenta de que la mano derecha de London había dejado de estrecharla también y volaba hacia la nuca. El joven se cubrió con ella y frenó el golpe. Aunque el estilete le hirió los dedos, el ataque de Carlota Grey fue rechazado totalmente.

La muchacha lanzó un gemido.

Pero eso no fue todo.

De repente notó que unos brazos de hierro la elevaban por los aires.

Salió despedida y rodó aparatosamente por uno de los senderos del jardín.

Fue un fascinante espectáculo.

Lástima que hubiera tan poca luz, pero aun así pudo apreciarse que las piernas de la chica eran de las que sólo se ven una vez cada cinco años.

London le sujetó la mano derecha como si la ayudara a ponerse en pie, pero en realidad le retorció la muñeca para que tuviera que

soltar el estilete. Con un nuevo gemido, Carlota Grey quedó desarmada ante él.

—Muy inteligente el truco, muñeca —dijo él—, pero ya muy viejo. Y además, cada vez que una chica quiere besarme tan apasionadamente, tengo la mala costumbre de preguntarme por qué.

Carlota se puso en pie. Estaba lívida. En parte porque no comprendía cómo podía haber fallado y en parte porque pensaba que London iba ahora a acabar con ella.

Pero London no hizo ningún gesto ofensivo. Se limitó a mirarla con una curiosidad mezclada de desprecio mientras susurraba:

—Lo peor es que no puedo acusarte. Has matado a tantos hombres en tan poco tiempo que cualquier tribunal de Texas te condenaría a la horca, pero no sería yo el que tirase de la cuerda. He de reconocer que eres una mujer que me desarma. Y ahora contéstame a una sola pregunta: ¿cómo sabías quién era yo y a qué he venido a esta tierra?

Los ojos de Carlota Grey relampaguearon.

—Todo el mundo sabe que estás a sueldo de la compañía del ferrocarril —dijo.

—No. A mí la compañía no me ha pagado ni un níquel.

—De acuerdo. No has cobrado de la compañía, pero has cobrado de Elena Darnell. Ella tiene una agencia que facilita los pistoleros que esa gentuza necesita.

—Y uno de los pistoleros soy yo, ¿no?

—Exacto: uno de los pistoleros eres tú. Supongo que quieres aterrorizar a mi hermano para que ceda.

—Al contrario; yo defendí a tu hermano.

—Fue un truco para ganarte su confianza y para eliminar a dos pistoleros rivales que te molestaban. No soy tan tonta como para no comprender lo que te propones: trabajas para el Grupo de los Seis y dentro de poco os apoderaréis de todo el rancho.

—El Grupo de los Seis… Veo que estás muy enterada.

—¿Cómo no voy a estarlo?

—Tienes razón. Para tus golpes de audacia has necesitado conocer muy bien el terreno que pisabas. ¿Sabes una cosa? Te has equivocado al decir que yo trabajaba para el ferrocarril, porque no es cierto. Yo trabajo para Elena Darnell, quien me ha ofrecido doce

mil dólares por quitarte de en medio.

Carlota pestañeó.

Aquello la sorprendió, pero no dio ninguna muestra de estar asustada.

—Muy bien —dijo al cabo de unos instantes de silencio—, ¿y por qué no lo haces? Ahora tienes una magnífica oportunidad. Estamos en el lugar más aislado del jardín y nadie nos ve. ¿A qué esperas para clavarme una bala entre las cejas?

London apretó los labios.

—Hay un inconveniente —dijo.

—¿Cuál?

—Tienes las cejas demasiado bonitas.

Y volvió la espalda. No sabía lo que le pasaba. Para él ninguna mujer valía doce mil dólares, y sin embargo, esta vez no sabía ganárselos. Sabiendo que con un solo gesto podía eliminar a la asesina de Gaskell y de Graham, se sentía incapaz de mover un dedo.

Salió de allí.

Estaba como aturdido.

Nunca había sentido nada tan inmenso, tan desbordado como lo que sentía ante aquella mujer.

Supo que iba a ser incapaz de matarla. Hizo crujir sus nudillos. ¡Al diablo!

Se largaría de la comarca y se olvidaría de que una vez estuvo a punto de ganar doce mil dólares con sólo apretar el gatillo.

Penetró en las cuadras.

Había allí una luz mortecina, incierta. Una luz que, sin embargo, no hacía disminuir la belleza de Stella, aunque la muchacha estaba ocupada en una labor tan humilde como era cepillar un caballo.

Sonrió a London.

—¿Ya se marcha, señor?

—Sí. Me aburría un poco en la fiesta, ¿sabes? ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, señor.

—¿Por qué no te vas de aquí?

—¿Y adónde iría, señor? Además, yo me encuentro bien en esta casa.

Él se encogió de hombros, tomó por la brida a su caballo y lo

sacó de allí. En una de las bolsas de la silla llevaba el impermeable azul, pero ya no necesitaba probárselo a nadie. Sabía de sobras quién era la mujer que había matado a Gaskell y a Graham. Y eso, que parecía un éxito, había constituido para él un rotundo fracaso, porque sabía que jamás llevaría a cabo su misión.

—Es posible que no nos veamos más —susurró—. Creo que voy a marcharme de la comarca.

Y entregó a la muchacha una moneda de a cinco dólares.

—Toma —dijo—, cómprate un frasco de perfume.

—¿Es que huelo mal, señor?

—No, al contrario... Hueles a las cosas que a mí me gustan. A hierba fresca y a paja. Pero es una lástima que una chica como tú no tenga alguna vez lujos de señorita.

Y salió de allí. Estaba firmemente decidido a largarse de la comarca y a no volver más.

Pero se equivocaba.

Había alguien decidido a que «se quedase». A que «se instalase» cómodamente para toda la eternidad.

Los dos pistoleros aparecieron entre las sombras cuando él acababa de trasponer los límites del rancho. Llevaban rifles y le apuntaron instantáneamente, antes de que tuviera tiempo de reaccionar. Uno de ellos barbotó:

—¡El cinto fuera! ¡Aprisa!

London comprendió que no tenía más remedio que obedecer.

No conocía a aquellos dos hombres, aunque le pareció que no eran empleados del rancho. Tenían ese aire inconfundible de los pistoleros a sueldo que London conocía tan bien. Desabrochó su cinto y lo dejó caer a tierra mientras empezaba a sentir ya en la espalda el frío de aquella muerte que no podría evitar.

Uno de los pistoleros barbotó:

—Nos vas a proporcionar un estupendo negocio, London.

Y el otro:

—Tú, que te creías tan listo, has estado trabajando para nosotros dos.

—¿Puedo saber por qué?

—Muy sencillo. Te hemos estado siguiendo durante todo este tiempo de un lado a otro de Texas.

—¿Seguirme? ¿Para qué?

—Tú buscas a la mujer que mató a Graham y Gaskell.

—Sí.

—Pues bien, siguiéndote a ti sabríamos quién era ella. Y ahora ya lo sabemos, muñeco. La asesina es nada menos que Carlota Grey. De modo que, puesto que ya conocemos lo que hay que hacer, terminaremos el trabajo nosotros.

El joven estaba más sorprendido que asustado, aunque sabía que no lograría salir vivo de allí. Con un soplo de voz preguntó:

—¿Qué trabajo?

—Nosotros la liquidaremos.

—¡Y a cobrar!

—Tres mil cada uno.

London entrecerró los ojos, después de que aquellos dos tipos hubieron hablado con tanta rapidez. ¿Tres mil dólares…? O sea seis mil entre los dos.

La cifra le dijo tantas cosas que no pudo por menos de preguntar:

—¿Quién os ha hablado de eso? ¿Elena Darnell?

—No hay inconveniente en que lo sepas, puesto que dentro de poco estarás cantando con los angelitos. Sí; ha sido Elena Darnell.

—Comprendo… A mí me deslumbró con la oferta de doce mil dólares para que hiciese la tarea más difícil, que era descubrir la identidad de la mujer que mató a Gaskell y a Graham. En eso fracasaron todos y ella confió en que yo no fracasaría. Perfecto… Mientras yo trabajo, ella me hace seguir por dos granujas de poca monta que al cabo de unos días conocen tan bien como yo la identidad de esa mujer. El resto es fácil, ¿no? Sólo consiste en matarla… Pero para eso Elena Darnell ofrece sólo seis mil dólares entre dos, o sea la mitad de lo que me ofreció a mí. Resultado: se embolsa seis machacantes… Una chica muy inteligente la tal Elena Darnell. Una chica que promete.

Los dos pistoleros rieron silenciosamente.

Uno de ellos susurró:

—Bonito discurso, amigo. Y lo más curioso es que has dicho la verdad…

Sólo me ha fastidiado lo de «pistoleros de poca monta».

El otro gruñó:

—Bueno, ¿qué más da? Es la última vez que lo dice… Los dos

movieron un poco los rifles, apuntaron de lleno a London y apretaron los gatillos.

No estaban dispuestos a perder tiempo. Aquél era el primer paso para hacerse con seis mil dólares.

Pero resultó un primer paso bastante más largo que lo que ellos calculaban. En primer lugar, cuando apretaron los gatillos, London no estaba ya en el sitio que había ocupado hasta unas décimas de segundo antes. Tenía tanta experiencia en aquella clase de situaciones que mientras hablaban había sacado ya los pies de los estribos para poder moverse con más libertad. Y como sus dos enemigos habían cometido un error, que era estar ambos a la derecha de la silla, él se dejó caer hacia el lado izquierdo.

Los plomos atravesaron la silla e hirieron al caballo, que lanzó un relincho de dolor. Pero mientras el animal brincaba, London aparecía ya por debajo de su vientre empuñando el pequeño Derringer de dos cañones que siempre llevaba oculto bajo su cazadora de pana.

No necesitó más que dos balas para acabar con sus dos desorientados enemigos. Estos no se dieron exacta cuenta de lo que ocurría. Cayeron en distintas direcciones mientras abrían los brazos y soltaban sus rifles.

London no se preocupó más de ellos.

Sabía que las dos balas habían sido mortales.

Recuperó su Colt, ajustándose el cinturón canana. Luego retiró la silla de lomos del caballo, que relinchaba lastimeramente. Vio que las heridas eran graves, pero no mortales de necesidad, por lo que aún cabía alguna esperanza de salvarlo. Lo obligó a levantarse y lo llevó de la brida hasta las cuadras del rancho Grey, a pesar de saber que allí corría más peligro que en ninguna otra parte.

Stella cepillaba ahora otro caballo. Le miró con asombro al verle entrar.

—¿Qué pasa?

—He tenido un tropiezo en los límites del rancho —dijo él—. He podido salvar la piel, pero han herido a mi caballo. ¿Has curado tú animales alguna vez?

—Claro que sí. Curo a todos los del rancho.

—¿Crees que éste se salvará?

—Si usted lo ha traído aquí es porque piensa que se salvará —

dijo ella lentamente—. Claro que saldrá adelante. Sólo necesitaba caer en buenas manos, y por fortuna tengo aquí todo lo necesario para curarlo.

—¿Puedo confiar en ti? Este caballo ha sido un amigo fiel durante mucho tiempo. Ya nos conocemos tanto que me costaría mucho prescindir de él.

Ella no contestó. Se llevó al animal a un lado de la cuadra. Mientras le limpiaba las heridas con agua, murmuró:

—¿Por qué ha sido?

—De nada sirve mentir ya —gruñó él—. Me han pagado por matar a la dueña de tu rancho.

Stella no pareció sorprenderse en absoluto.

Sólo preguntó:

—¿Y no lo ha hecho?

—Puede que yo sea un estúpido —dijo el joven encogiéndose de hombros—, pero todavía admiro a las mujeres valientes. Y los dos tipos que me han atacado querían hacer el trabajo cobrando menos que yo.

Dio media vuelta y salió sin preocuparse más del caballo. Había notado ya que estaba en buenas manos. Pero antes de que traspusiera del todo el umbral, Stella susurró:

—¿No quiere otro? Ya me lo devolverá cuando pueda.

—¿Por qué no me desprecias, muñeca? —preguntó él casi con violencia, volviéndose de repente—. ¿No te doy asco al pensar que he aceptado dinero por matar a una mujer?

—A veces matar a una mujer es un trabajo más difícil que matar a un hombre —dijo ella enigmáticamente—. Vamos, llévese este caballo de momento y póngale la silla que habrá dejado por ahí. Ya me lo devolverá cuando pueda, si es que mañana sigue con vida.

London tomó el animal de la brida y se lo llevó. No quiso mirar más a aquella muchacha.

* * *

El joven entró en el lujoso hotel cuando la ciudad estaba ya en silencio y cuando sólo los últimos borrachos armaban bronca en los saloons antes de salir despedidos a puntapiés. Sabía de sobras cuál era la habitación de Elena Darnell.

Golpeó discretamente con los nudillos.

—Entrad —dijo ella.

«Entrad.» En plural.

La muy maldita se estaba refiriendo a los dos asesinos. London empujó la puerta.

Aquella mujer de belleza perfecta, aquella condenada diosa, aquella zorra de hermosa piel estaba vuelta de espaldas mientras buscaba algo en el secreter situado al fondo de la pieza. Sin duda seis mil machacantes al contado.

Llevaba una bata muy mal anudada y que realzaba maravillosamente sus formas. Con la mayor desenvoltura dijo:

—No os pagaré, naturalmente, hasta que me enseñéis el cadáver de esa mujer. ¿Dónde puedo verlo?

—No era solo un cadáver, sino dos —dijo London suavemente—, y me ha parecido que traerlos aquí me iba a dar demasiado trabajo.

Ella se volvió de pronto.

Los colores que arrebolaban sus mejillas desaparecieron en un instante.

Quedó mortalmente pálida.

—Pero... —balbució—. Tú... tú...

—Otra vez que envíes alguien a matarme contrata otros pistoleros más expertos, preciosidad. Parece mentira que una profesional como tú no haya sabido darse cuenta de eso.

Y descargó la mano derecha.

No le gustaba pegar a las mujeres. No lo hacia nunca.

Pero estaba acostumbrado a atizar duro, y esta vez no hubo nada que le frenase. Se oyó un chasquido mientras la mujer recibía la bofetada de lleno y caía blandamente sobre la alfombra.

London sintió la tentación casi irreprimible de darle un puntapié en plena cara. Al fin y al cabo no era más que una serpiente a la que convenía aplastar. Pero en el último segundo algo le detuvo y se sintió incapaz de hacerle daño de verás, como siempre se había sentido incapaz de hacerle daño a una mujer.

Ella le miró desde el suelo.

Sus ojos relampagueaban.

Tenía en el rostro una línea de sangre.

Pero no había miedo en su expresión. Sólo desafío. Era una auténtica profesional de la muerte en lucha con otro profesional de la muerte. En cierto modo cada uno de ellos se había encontrado con la horma de su zapato.

Barbotó:

—Vamos, destrózame la cabeza. ¿A qué esperas? Él la levantó de un tirón.

Le desgarró la bata.

Se oyó un suave crujido de sedas unido a un gemido lánguido de la mujer.

—Maldito...

Él susurró:

—Aunque te parezca mentira, he veni do a darte las gracias.

—¿Por qué?

—Nunca he valido seis mil dólares para una zorra. Es demasiado.

Y le dio un golpe otra vez, derribándola de nuevo. Pero esta vez Elena Darnell no se estuvo quieta, sino que saltó sobre él. Chocaron sus cuerpos, sus puños. Chocaron sus voluntades en una rabiosa pelea.

Cuando sus ímpetus hubieron cedido un tanto, Elena musitó:

—Celebro que no te hayan matado. Hubiera sido una lástima.

Y él contestó con el mayor cinismo:

—Celebro no haberte matado yo a ti. Hubiera sido una lástima.

# CAPÍTULO IX

El magnate Fue a la mañana siguiente cuando conoció a Morrison. Hasta entonces había oído hablar de él, pero sin llegar a verle personalmente. Morrison tenía fama de ser uno de los hombres más ricos de Texas, una tierra donde aún no se había descubierto el petróleo y donde los grandes ranchos, los grandes rebaños y el ferrocarril constituían los auténticos milagros económicos.

London acababa de salir del hotel y caminaba por el porche cuando Morrison cruzó la calle y vino hacia él. Llevaba un ostentoso traje a rayas y un chaleco gris. Según la moda de las personas importantes, una gruesa cadena de oro lo cruzaba de lado a lado.

Hizo una seña.

—Usted es London, ¿no?

El joven se detuvo.

—Sí, señor Morrison. Porque si no me equivoco, usted es el dueño absoluto de la compañía ferroviaria. Graham y Gaskell eran unos socios minoritarios a su lado, ¿no es cierto?

—Claro que lo es.

—¿Y desde cuándo un hombre tan importante se ocupa de un vulgar pistolero como yo?

—Pienso explicárselo. Venga conmigo.

No era una invitación, sino más bien una orden. Morrison no resultaba lo que se dice un tipo simpático pero sin duda estaba acostumbrado a tratar a la gente así, de modo que London se encogió de hombros y le siguió en silencio.

Entraron en un elegante local donde trabajaban unas cuantas personas y que tenía un cierto aspecto de Banco recién estrenado. Sin duda era una delegación de la compañía ferroviaria. Allí

disponía Morrison de un elegante despacho y de una secretaria estupenda. El tío no se privaba de nada.

Ofreció a London:

—¿Cigarros?

—¿Por qué no me ofrece a su secretaria?

—Porque ella pertenece a la compañía ferroviaria.

—Pues entonces le compro la parte de la compañía en que esté comprendida la chica.

—Es usted un granuja, London.

—Nunca lo he negado.

El joven encendió un cigarro y cruzó las piernas. Se dispuso a escuchar a aquel magnate y a conservar la calma, aunque sabía que Morrison nada bueno podía decirle.

El millonario lo apuntó con el dedo.

—Usted ha oído hablar del Grupo de los Seis —dijo—.

—Claro.

—Mis amigos Graham y Gaskell formaban parte del mismo. Yo soy quien lo presido. Curiosamente, soy el único del grupo que quedo, porque los otros tres miembros eran simples pistoleros profesionales a los que se pagó su parte y se largaron. De modo que en estos momentos soy prácticamente el dueño de la compañía ferroviaria.

—Razón de más para que celebre conocer a un hombre tan importante —dijo irónicamente London—. Hasta ahora sólo había logrado ver algunas fotografías suyas.

E hizo otro gesto de hastío.

—Déjese de ironías, London. No crea que no conozco su modo de hablar y su cochina historia. En otros tiempos fue sheriff, pero ahora no es más que un bandido a precio fijo. Nosotros lo hemos contratado indirectamente, por medio de Elena Darnell.

—No lo niego.

—La mujer que mató a mis dos amigos causó un tremendo perjuicio a la compañía. Sobre todo porque me hacía falta la influencia política de Gaskell.

Era una mujer que tenía que morir indefectiblemente una vez descubierta. Y me pregunto por qué no la mató usted anoche, cuando supo quién era.

London arqueó una ceja con gesto sorprendido. Y su sorpresa no

fue fingida de ningún modo, sino real. Por lo visto, sus últimos pasos los había seguido mucha más gente de la que él supuso.

—¿Quién le ha hablado de que yo la había descubierto? —dijo.

—La propia Elena Darnell. Me pidió más dinero.

—¿Cuánto?

—Tres mil más. O sea, quince mil.

El joven lanzó un silbido. Bonita y astuta zorra la tal Elena Darnell.

De modo que cobraba quince mil y sólo pensaba pagar seis. Estupendo negocio.

Morrison volvió a apuntarle con el dedo.

—¿Qué tiene que decir a eso? ¿Quizá le faltó una oportunidad para matar a Carlota Grey?

—Sí. Me faltó una oportunidad.

—Es algo extraño, puesto que me dijeron que usted ya había entrado en el rancho. Pero no voy a discutir eso ahora, London. Tiene una última oportunidad.

—¿Para qué?

—¿Y lo pregunta? Para matar a esa mujer. Hágalo antes de esta noche o lo pagará caro. Y si me pregunta por qué no envío directamente a mis hombres a arrasar ese rancho le contestaré que no lo hago porque es un acto poco político ¿comprende? Armaría un ruido que no me conviene armar London cabeceó.

—Le comprendo muy bien, Morrison —dijo—. El ferrocarril es un magnífico negocio para usted, pero queda pequeño al lado de otro negocio mucho más sustancioso y mucho más rápido: el de las expropiaciones de terrenos para hacer pasar las líneas. La ley le concede gratuitamente una franja a cada lado, pero usted la amplía constantemente por medio del terror. Doscientas yardas se transforman en una milla y una milla se está transformando en ocho.

Unas maniobras de esa clase requieren un cierto silencio, ¿verdad? Hace falta que el negocio en cuestión no se mencione en la Cámara de Representantes y que los periódicos no hablen. ¿Me equivoco?

Morrison no hizo ningún comentario.

Abrió un talonario de cheques, firmó uno, lo arrancó y lo tendió a London, a través de la mesa, mientras musitaba:

—Su última oportunidad.

—¿Qué es esto?

—Tres mil pavos. No llegué a darle el cheque ayer a Elena Darnell y se lo doy a usted. Supongo que esto le hará pensar que le conviene estar de mi parte.

London no contestó.

Guardó el cheque tranquilamente, mientras dejaba el ci garro en un cenicero.

—¿Nada más, señor Morrison?

—Sí. Para cobrar este cheque en el Banco hace falta también la firma del cajero. Pase a esa otra habitación. Le señalaba una puerta.

El joven se dirigió hacia allí.

Tres mil pavos son tres mil pavos, qué cuerno.

Empujó la hoja de madera.

Y el revólver se clavó en su frente. Si el cañón no le sacó un ojo fue porque un cadáver tuerto debe dar bastante asco.

Sí, seguro que fue por eso.

# CAPÍTULO X

La muerte en buenas manos La sorpresa fue brutal para London, a pesar de que era un hombre que en esta vida ya lo esperaba todo. Cuando vio aquel cañón en su frente, comprendió que ya no podía hacer nada para eludir su trágico fin. Pero ésta fue solamente una de las dos sorpresas, porque había otra.

En efecto, era Elena Darnell la que empuñaba el revólver, Elena Darnell, a la que él no había querido causar ningún daño y que la noche antes le juraba poco menos que amor eterno. Y no estaba sola, sino que dos hombres más ocupaban con ella la pequeña habitación.

Era una trampa miserable.

Los dos hombres que acompañaban a Elena empuñaban ya sus revólveres, de modo que London no tenía la menor oportunidad.

Acababa de dar los últimos pasos de su vida.

Pero, en contra de su voluntad se dibujó en sus labios una sonrisa sarcástica. Era su último desafío, su despedida de la vida. Sus ojos helados se clavaron en el rostro de Elena Darnell.

—Cada vez me parece más bonita tu piel de zorra —dijo—. La lástima es saber ya lo que hay debajo.

—Más vale que reces, London. No pierdas el tiempo hablando.

—¿Puedo al menos preguntar a qué obedece esto?

—¿No lo adivinas?

—Prefiero oírlo de tus propios labios.

—Es un simple negocio, London.

—¿Un negocio?

—Sí. Tú has demostrado ser un chico listo y has demostrado que no me equivoqué al contratarte. Pero has puesto de manifiesto también otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Que no te gustan los procedimientos de la compañía ferroviaria, motivo por el cual renunciaste a acabar con aquella sucia asesina. Eso significa que en realidad los papeles han cambiado y que eres ya un enemigo nuestro en vez de un ser amigo. El señor Morrison ha llegado muy alto porque sabe adelantarse a los acontecimientos. Pensó que tú podrías convertirte en nuestro verdugo y decidió eliminarte antes.

—Muy inteligente...

—Claro que liquidar a un tipo como tú no es tan fácil y por eso tuve que aconsejar al señor Morrison.

—Pues qué bien...

—Le dije que te trajese aquí y que te hablara de dinero. Sabía que tú eres, ante todo, un profesional.

—Pues no te equivocaste. Pero ahora os enfrentaréis a un verdadero problema, divinidad.

—¿Qué problema? ¿Matarte?

—No, eso no lo es. Te basta solamente con apretar el gatillo, y demasiado sé que tú eres de las que no fallan. E incluso si fallaras hay dos esbirros más dispuestos a terminar el «trabajo». Pero, una vez muerto yo, tendréis que asaltar el Rancho Grey para matar a esa muchacha. ¿Y crees que no va a armar demasiado ruido? ¿No os dais cuenta de que puede haber una intervención del Gobierno, después de tantas muertes?

Elena Darnell rió cínicamente.

—No, amor —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque nadie ha hablado de asaltar Rancho Grey. Puede que el señor Morrison haya dicho eso, pero no lo pensaba. En realidad, seré yo la que mate a Carlota. Iré a visitarla y le clavaré una bala entre las cejas antes de que se dé cuenta ¿Crees que ella va a desconfiar de una pobrecita mujer como yo?

London se mordió el labio inferior desesperadamente.

Se dio cuenta de que el plan era bueno. Y se dio cuenta de que aquello no significaba sólo su muerte, sino la de Carlota Grey. Y la continuación de una cadena de crímenes que estaba ensangrentando Texas.

Ya nada tenía remedio.

Sólo le quedaba el recurso de morir como había vivido: de

acabar como un verdadero hombre.

—Dispara —dijo—. Y gracias por lo de anoche, muñeca... Ella seguía riendo cínicamente.

La muerte estaba en buenas manos.

Apretó el gatillo.

# CAPÍTULO XI

Tan solo un adiós London no había cerrado los ojos. ¿Para qué? Prefirió mirar la muerte cara a cara hasta el fin, puesto que sabía que la bala le dejaría ciego en fracciones de segundo.

Por eso vio lo ocurrido un instante antes del disparo. Por eso se dio cuenta de aquel gesto de asombro de Elena Darnell, que cuando iba a apretar el gatillo..., ¡giró el revólver! Apuntó con él a los dos hombres que estaban allí para ayudarla!

Hubo en los dos un mismo grito de rabia que apenas llegó a surgir. La hermosa mujer amartilló con velocidad tan centelleante que no les dejó reaccionar. Casi al mismo tiempo se doblaron como peleles mientras chocaban contra la pared.

Morrison también lanzó un grito.

Curiosamente, él reaccionó antes que London. Si London quedó quieto fue, aparte de su asombro, porque se dio cuenta de que ya no tenía nada que temer: Elena Darnell, asombrosamente, lo había hecho todo. Morrison, en cambio, se dio cuenta de que las cosas habían cambiado, de que la próxima víctima sería él, y eso le dio una rapidez de la que normalmente no hubiera sido capaz.

Extrajo su revólver de su funda sobaquera y disparó. Lo hizo instintivamente.

Tanto que London no pudo preverlo ni pudo apartarse. Si la bala llega a ir dirigida a él, le hubiese alcanzado de lleno.

Pero Morrison no le apuntaba a él, sino a la muchacha. La rabia hizo elegirla a ella como primera víctima. Le clavó una bala a la altura del corazón y luego fue a girar el revólver hacia London.

Pero se dio cuenta de que ya no llegaría a tiempo. Lon don iba a «sacar». Entonces Morrison lanzó un grito y se arrojó por la ventana, que tenía junto a él.

Demostró una agilidad que nadie esperaba. Unos segundos

después había desaparecido de la vista de London, a pesar de que éste disparó dos veces.

El joven lanzó un grito de rabia y al mismo tiempo de dolor. Parecía como si el balazo que había alcanzado a Elena Darnell acabase de recibirlo él mismo. Incluso eso le privó de las fuerzas que necesitaba para perseguir a Morrison.

Se inclinó sobre ella. Los ojos de Elena estaban nublados, London le levantó la cabeza como si se la levantase a una muñeca que temiera romper en cualquier momento.

Ella musitó:

—Ya has visto que era… una… trampa… pero al revés.

—¿Por qué me has salvado?

—Pensaba hacerlo desde…, desde el primer momento Y…, y también pensaba acabar con Morrison… Era… una magnífica oportunidad.

La muchacha hablaba casi sin voz, ahogándose rápidamente. London acercó la cabeza más. Los ojos nublados de Elena Darnell tenían exactamente el mismo matiz que sus ojos, donde palpitaba el dolor.

—¿Pero por qué? —susurró—. ¿Por qué…?

—Me di cuenta de que esa chica tiene razón… Es ella la que lucha por una causa justa… Graham era un mal bicho y Gaskell otro tanto… Pero Morrison es el peor de todos y… y Morrison está vivo.

—No lo estará por mucho tiempo, Elena.

—¿Quieres… un consejo?

—¿Y por qué no?

—No lo mates. Acepta su oferta si te la hace. Seguro que te cubrirá de oro, porque te tendrá miedo. Debes convertirte en… en un verdadero profesional. Yo siempre lo había sido… hasta hoy.

London rozó sus labios. Ya estaban casi rígidos. Susurró:

—¿Pero por qué?

—¿Y lo preguntas, tonto…? Porque una noche puede cambiar la vida de una mujer… Porque me di cuenta de que hay otras cosas aparte de una bonita factura… Y porque…, porque…, será porque te quiero, aunque sirva de poco confesarlo ahora.

Cerró los ojos.

Su cuerpo había quedado extrañamente rígido.

Elena Darnell murió sin un espasmo, sin una contracción. Sus

manos asían aún las de London. Éste tuvo que hacer un esfuerzo para desligarse de aquellos dedos donde aún parecía conservarse la última palpitación de la vida.

Acabó de cerrarle bien los ojos.

Se puso en pie.

Un silencio espantoso le rodeaba. Parecía como si en la casa, en la ciudad entera, no hubiese nadie.

London salió pesadamente de allí. Parecía un borracho. Al alzar un poco la mano notó bajo las ropas el crujido del cheque doblado en uno de sus bolsillos.

Era el que le había dado Morrison. Y tres mil machacantes, son siempre tres mil machacantes.

Pero por vez primera eso no le importó. Por primera vez un cheque con esa cifra escrita encima casi le dio asco.

# CAPÍTULO XII

Un brillo en el firmamento Morrison estaba tan aterrorizado que se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión. Las cosas se habían complicado y no podía dejarlas así. Dio, por lo tanto, un paso que no le gustaba dar: fue a ver al honorable Regent.

Él había dicho antes a London que los otros tres miembros del Grupo de los Seis eran simples pistoleros a los que compró su parte, y eso no era exactamente verdad, al menos en lo que se refería a Regent. Porque si Regent fue en otro tiempo un pistolero, ahora era nada menos que un juez. Y si vendió su parte en los intereses de la compañía, dejando de pertenecer al Grupo de los Seis, lo hizo porque podía ganar más dinero fuera que dentro. Porque, después de salir elegido juez gracias a una serie de chanchullos, le convino no verse mezclado en ningún escándalo y cobrar al contado cada favor que hiciese a Morrison.

Éste hubiera preferido mantenerlo a distancia porque sabía que Regent era el único que podía desbancarle en la dirección de la compañía ferrovi aria. Por eso tuvo que hacer un violento esfuerzo antes de ir a pedirle ayuda, pero no quedaba otro remedio.

El juez le recibió en su despacho. Se aseguró de que estaban a solas y murmuró:

—Ya me he enterado de que han estado a punto de matarte. Tienes malos enemigos, ¿eh? Estás en un mal momento. Morrison.

—Tengo los peores que un hombre puede tener: los enemigos que no esperaba.

—¿Por eso necesitas mi ayuda?

—Te la pagaré bien, Regent. Tú has hecho mucho por la compañía. Tú mataste al viejo Grey.

El juez hizo un gesto de desagrado.

No le gustaba que le hablasen de sus «buenos» tiempos.

—Esa es agua pasada, Morrison —silabeó.

—No tanto.

—¿Por qué no tanto?

—Porque su hija vive. Carlota Grey es la mujer que mató Graham y a Gaskell. Por fin lo hemos averiguado.

Regent tuvo un estremecimiento mientras sus ojos se entrecerraban. Aquella noticia, en verdad, le afectó. No la había esperado de ninguna manera, pero consiguió que en su cara de viejo zorro apenas se notase nada.

—Parece mentira... —dijo—. Una chica tan linda...

Morrison le apuntó con el dedo.

—Necesito que la condenes a muerte, Regent.

Los ojos de Regent se abrieron como los de un pez. Pero ahora ya no había en ellos sorpresa, sino una especie de alegría malévola.

—Eso es muy fuerte, Morrison —dijo—. Y muy complicado.

—Te buscaré testigos. Todos declararán que ella asesinó a uno de mis hombres y a una mujer llamada Elena Darnell.

—Elena Darnell tenía algo así como una agencia de asesinos, ¿no?

Supongo que últimamente trabajaba para ti...

—Sí, pero se echó a perder.

—La mataste tú, supongo.

—Eso no te importa...

—Está bien, está bien... —el otro hizo un gesto de condescendencia—.

Un juez puede conseguir muchas cosas, sobre todo si se le facilitan pruebas muy bien estudiadas. No será tan difícil acusar a Carlota Grey, detenerla y hacerla ahorcar. Pero no será ella la única, ¿verdad? He oído hablar de cierta persona.

—Un tipo llamado London.

—Tal vez...

—Tú siempre hablas cautelosamente, Regent. Está bien, te lo diré claro.

London es ahora el peor enemigo que tengo, junto con esa maldita Carlota Grey.

Necesito que también lo acuses de asesinato en primer grado y lo condenes a muerte.

—¿Por qué no acabas con él? ¿Por qué no actúas directamente?

—Temo que mis hombres fallen. En cambio tú cuentas con el sheriff y todos sus agentes. Movilízalos y consigue lo que te he pedido, Regent. Tu esfuerzo será recompensado.

Las manos del juez hicieron un gesto codicioso y acariciaron la mesa untuosamente.

—Quiero la mitad del negocio, Morrison —musitó—. Cuando me compraste mi parte no me diste lo que en realidad valía. De modo que o pagas eso… o no hay trato.

Morrison se mordió el labio inferior. Ahora lamentaba haber dado este paso porque sabía que acababa de caer en las zarpas de una especie de vampiro.

—Es mucho, Regent —musitó—. Demasiado.

—Pues no hay trato.

Apretó los labios con angustia.

—Está bien… Firmaremos un documento en mi oficina porque supongo que no te fías de mi palabra solamente Mientras tanto podrás fingir que inspeccionas el lugar de los hechos. Acompáñame.

Regent hizo un gesto afirmativo y los dos hombres salieron. Llegaron a la calle, que estaba situada ante el mayor almacén de la ciudad, un edificio de dos pisos y tejado de pizarra.

Regent se puso con satisfacción un grueso cigarro entre los labios.

—Bien —dijo—. Ésta es una buena idea. Adelante.

Y de pronto supo que iba a morir.

Fue una certeza alucinante, brutal.

La tuvo al alzar la cabeza y ver aquel reflejo en el cielo. Aquel espectral brillo en el firmamento.

# CAPÍTULO XIII

El zarpazo de la tigresa Aquel brillo singular había sido causado por la hoja de un cuchillo al oscilar en el aire. Pero los ojos desencajados del corrupto juez Regent no vieron sólo aquel cuchillo, sino muchas cosas más. Muchas cosas sorprendentes y que hubieran hecho abrir los ojos a un muerto.

Sus piernas largas, torneadas, preciosas, ceñidas por las botas y enfundadas en aquellas finísimas medias que le llegaban hasta los shorts. La suave blusa gris que apenas podía ocultar la firmeza pujante del busto. La cabellera cobriza que le caía sobre los hombros.

Situada en lo alto del tejado, mostrándose abiertamente, aquella mujer era la figura más fascinante que los ojos del juez Regent habían contemplado jamás.

Y, sin embargo, era la propia Muerte.

Durante unos segundos que le parecieron eternos, como filmados a cámara lenta, pudo ver el movimiento circular del cuchillo y el rostro de la mujer. A pesar de la distancia, lo distinguió con claridad. Y entonces supo quién era, entonces pudo salir de dudas acerca de todo lo que había dicho Morrison.

Pero ya era demasiado tarde para pensar. Demasiado tarde para retroceder o para gritar incluso.

El cuchillo había dejado de girar. Aquella especie de rayo metálico venía hacia él.

Regent se encogió instintivamente.

Sintió un intenso dolor a la altura del corazón. Cayó de rodillas mientras apenas podía barbotar:

—Mal…di…ta…

En cuanto a Morrison, no había visto prácticamente nada, porque dio un salto hacia atrás al notar el gesto de sorpresa del

juez. Morrison estaba mucho más alerta y había actuado con fantástica rapidez, logrando así ponerse a salvo.

Rodó por el suelo, en el interior del Juzgado, mientras la calle se llenaba de gritos. Eran bastantes los que habían presenciado la muerte de Regent, alzando entonces los ojos hacia el tejado del almacén, donde estaba aún aquella fantástica figura.

Pero ya la vieron de espaldas. La increíble mujer subía por el resbaladizo tejado de pizarra a fin de escapar por el otro lado.

Morrison barbotó desde la puerta:

—Matadla... Cinco mil dólares al que la liquide...

Era un momento inmejorable para hacerlo, puesto que la muchacha, vuelta de espaldas, no podía hacer nada por defenderse. En aquel momento su máxima preocupación consistía en conservar el equilibrio, ya que si resbalaba hacia la calle caería en manos de sus enemigos. O se mataría directamente, pues una altura de dos pisos puede resultar fatal si uno cae en mala postura.

Varios Colt se alzaron hacia ella.

Y entonces ocurrió algo asombroso, algo que ya había ocurrido otras veces y que salvó a la extraña muchacha: los hombres que la apuntaban quedaron alelados, asombrados, atónitos, sin capacidad para mover un músculo, convertidos solamente en ojos que miraban con avidez aquellas fantásticas formas.

Realmente las atrevidas ropas que llevaba la mujer eran también parte de su armamento.

Los hombres quedaban pasmados al verla.

Los músculos se les agarrotaban.

No sabían disparar en el momento decisivo y le dejaban a ella tiempo para cualquier cosa.

Ninguno de los que estaban abajo supo que le ocurría esto, porque realmente ninguno de aquellos hombres pensaba. Toda la fuerza se les iba en el mirar. Cuando abrieron fuego, ya la fantástica mujer había llegado a la otra vertiente del tejado y se deslizaba por ella.

Morrison aulló:

—¡Corred tras ella! ¡Mataaaaaadla!

Dos de sus pistoleros fueron al otro lado de la casa. Ya habían salido de su asombro inicial y corrieron como locos para cortarle el camino a la fugitiva.

Se lo cortaron.

Llegaron a encontrarse ante ella.

Pero la fantástica mujer les estaba aguardando ya. Ella también había oído el grito y sabía que aquello ocurriría. Tenía preparado el revólver para darles una bienvenida con plomo.

El primero de los pistoleros cruzó la esquina.

Lo que vio ante todo fueron las piernas de la mujer. Sus líneas fabulosas. Las caderas redondas. El... el revólver que descansaba en la cintura.

De aquel revólver partió un lengüetazo rojo.

El pistolero cayó hacia atrás, cortando casi el camino a su compañero, que llegaba en aquel instante. El recién venido pudo disparar, pero la bala salió desviada. Del Colt de la mujer partió otro de aquellos siniestros lengüetazos de fuego.

Se oyó un chasquido.

El sicario de Morrison cayó hacia atrás con la cabeza atravesada.

Un instante después la mujer de los cabellos color bronce se había escabullido entre dos casas. Parecía tener el camino de huida muy bien estudiado, puesto que inmediatamente encontró el caballo que la aguardaba al abrigo de unos olmos. Saltó sobre la silla ágilmente, picó espuelas y galopó hacia el rancho Grey a velocidad frenética.

Ya no era ningún secreto que se dirigiese hacia allí. Morrison sabía quién era.

La suerte, una suerte escrita con plomo y con fuego, estaba echada.

# CAPÍTULO XIV

Retorno al rancho Grey London llegó a la ciudad sin haberse quitado ni un mo mento de la memoria la imagen de una mujer: la imagen de aquella que cuidaba las cuadras del rancho. Quizá por eso, porque estaba embebido en sus propios pensamientos, no reparó en el tipo que fumaba cachazudamente una pipa casi a la entrada de la calle principal, como si no tuviera nada me jor que hacer.

Ni se dio cuenta de que aquel tipo, una vez pasado él, dejaba repentinamente de tener interés por la pipa y se alejaba en dirección al centro, hasta encontrarse con otro situado una cuadra más allá.

Ese otro fumaba un cigarro habano.

London tampoco reparó en él, ni se dio cuenta de que ocultaba ligeramente el rostro cuando pasó por delante suyo.

Enfrente del Banco, en la puerta del saloon, había un tercer tipo, el cual arrancaba virutas de un trozo de un palo como si aquella ocupación fuera lo más importante del mundo. Y por fin, en la otra acera, casi a dos pasos de la puerta del Banco, había un cuarto hombre con el sombrero echado sobre los ojos y que de vez en cuando tocaba distraídamente una armónica.

London amarró su caballo ante la puerta del edificio y entró en él, tras llamar quedamente, pues ya eran más de las cinco. El tipo que le abrió llevaba una pistola grande como una pieza de artillería. Tenía tanta cara de perro policía que sólo le faltaba el bozal.

Dentro había otro con la misma cara. Éste empuñaba un rifle.

—Pase, pase —dijo el director desde dentro—. Ya tengo el dinero preparado, señor London. Aquí está su dinero junto con el recibo de la cantidad. Recibí su aviso de que pasaría a cobrar el cheque. Si tiene la bondad de firmarlo, todo estará concluido.

London firmó, tomó en sus manos dos abultados fajos de billetes que guardó cuidadosamente, y luego estrechó la mano del banquero, dándole las gracias. Todo había sido sencillo y además había durado apenas cinco minutos.

«Así —pensó London— da gusto trabajar.»

Había cobrado los tres mil dólares de Morrison. No faltaba más...

Salió a la calle y aspiró el aire quieto del anochecer. Fue entonces cuando los cuatro tipos a los que no había vist o anteriormente empezaron a moverse.

* * *

London se detuvo un momento en el porche, aspirando el aire quieto de la calle, que todavía no había empezado a animarse con los primeros bullicios nocturnos, aunque los locales de diversión empezaban ya a tener más afluencia de público.

Durante un par de minutos que parecieron hacerse inter minables, examinó la calle.

No advirtió que resultaba algo extraño que cuatro tipos a la vez se hubieran juntado cerca de sus caballos, como para salir en seguimiento de alguien en cuanto montase.

Ni pensó tampoco que ese alguien pudiera ser él. Se había arriesgado a cobrar creyendo que pasaría inadvertido.

Pero London no era tonto.

Llevaba demasiado tiempo en el Oeste para comprender que nunca hay que perder los nervios, y que aunque los enemigos estén invisibles se puede suponer que aparecerán en cualquier momento.

Por lo tanto, conviene hacer justamente lo contrario de lo que los presuntos enemigos esperan que hagas.

En consecuencia, y ahora que tenía el dinero, no salió al galope como hubiera sido natural, sino que cruzó la calle y se adentró en el saloon frontero, igual que si no llevase más que unas monedas en los bolsillos.

London sabía que allí, entre tanta gente, nadie podría atacarle. El verdadero peligro estaba en la soledad de la llanura.

Los cuatro tipos, que ya estaban junto a sus caballos, se miraron con expresión incrédula.

—¿Pero qué hace ese fulano?

—¿Se ha vuelto loco?

—¿Cómo es que no se larga si acaba de cobrar? ¿Es que alguien puede sentir sed llevando encima ese fajo de dólares? ¿No imagina que Morrison le esperaba?

Callaron, porque en aquel momento el sheriff y dos de sus hombres entraban a caballo en la calle principal.

Pero no venían solos. Llevaban tras ellos una carreta tirada por un macilento penco.

Sobre la tabla de la carreta, que era de las que se empleaban normalmente para el servicio de cementerios, iba un cadáver.

Como el transporte de un difunto por las calles no tenía nada de particular, sólo un par de personas volvieron la cabeza. Y el único que se acercó al carromato fue Charlie, uno de los cuatro tipos que habían estado acechando a London.

—¡Caray, sheriff! Ese tipo lleva algunos días muerto, ¿eh?

—¡Hum!

—Y le dieron por la espalda…

—¡Hum!

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Por ahí…

—¿Sabe quién es?

El sheriff volvió la cabeza ligeramente molesto.

—Deje de preguntar y métase en sus asuntos, maldita sea. Es un desconocido cuyo cuerpo encontramos en la llanura y vamos a enterrarlo en seguida, porque su olor empieza a molestar. ¡Voy a tener trabajo con este asunto y encima usted pregunta más que un fiscal! ¡Váyase al infierno!

London había entrado, mientras tanto, en el saloon.

En éste no había empezado aún el espectáculo, pero un sujeto barbudo aporreaba el piano y una chica sentada sobre la caja movía lánguidamente una pierna arrancando destellos metálicos a los ojos de los clientes cada vez que al alzar la pierna, se veía el final de la media.

En la barra sólo había unas cinco personas, pero London se fijó exclusivamente en una de ellas.

En efecto, no resultaba fácil encontrar por aquellos contornos a un fulano tan bien vestido como aquél, con su inmaculada levita de color tabaco, sus pantalones grises bien planchados, sus botines y su gruesa cadena de oro cruzándole el chaleco de parte a parte.

Pero el tipo no era un maniquí.

Tenía las facciones duras y morenas, era joven y llevaba un Colt muy bajo colgado de una funda adornada en plata.

London le miró un solo instante. El tipo le había llamado la atención al entrar, pero ¿para qué pensar en él?

Tenía otras preocupaciones, aunque hasta ahora todo había ido saliendo a pedir de boca.

—Whisky —pidió.

—En seguida, señor.

En aquel momento, el tipo del piano dejó de aporrearlo, la chica descabalgó, con una fantástica exhibición de piernas, y fue hacia la barra para servirse ella misma un vaso.

No llegó a hacerlo del todo.

El hombre que había llamado la atención a London hizo a la chica una seña parecida a la que se emplearía para llamar a un perro.

—Eh, tú, ven.

Ella sonrió.

—Lo siento, pero no puedo. Dentro de un par de minutos empieza mi número. Soy bailarina de «can-can».

—Eso a mí no me importa.

La chica se encogió de hombros, queriendo dar por terminada la cuestión, pero el hombre bien vestido no pareció conformarse con eso. Bruscamente, fue hacia ella y le arrebató el vaso de las manos. El licor saltó al aire manchando el rostro y el amplio escote de la muchacha.

Ésta, que parecía muy modosita, soltó sin embargo una maldición capaz de dejar tieso a un conductor de diligencias.

El hombre bien vestido no se inmutó. Con elegancia movió dos veces la mano derecha y dos veces la aplastó sobre el rostro femenino.

En el saloon se produjo un instantáneo silencio. Bruscamente cesaron todos los rumores y todas las conversaciones. Los rostros expectantes de todos los que estaban allí se volvieron hacia la pareja.

Entre aquel silencio, que había llegado a hacerse angustioso, el hombre gruñó:

—Retira eso, muchacha. Retíralo o será peor para ti.

Ella pareció vacilar, temblándole los labios de indignación, hasta que sonó una voz tranquila al otro extremo de la barra.

—Esa chica no retirará nada, milord. Más vale que dé el incidente como zanjado, puesto que ha sido usted quien lo empezó.

El hombre se volvió para encontrarse con los ojos de London, fríos y espantosamente quietos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo London.

—Pues no se meta en esto.

—Es usted quien no debe meterse, amigo. Lárguese y no le pesará; más vale dejar las cosas como están ahora.

—Da la casualidad de que nunca me han gustado los entrometidos, London.

—No acostumbro a serlo, pero sostendré mis palabras hasta el fin.

—¿Hasta el fin? ¿Y puede ya imaginar cuál será su fin?

—O el suyo…, amigo.

El hombre bien vestido se distanció un paso de la barra para tener más libertad de acción. London se distanció un paso también. A un borracho que estaba en medio se le pasó la borrachera de pronto. Dio un salto hacia atrás y los dejó a los dos solos, a una distancia de unos siete pasos.

Demasiado corta para que las balas fallaran. Aquel duelo iba a ser a muerte.

London masculló:

—Voy a darle una última oportunidad.

—Yo no la acepto.

—Muy bien… Entonces usted tiene la palabra.

El hombre bien vestido sonrió secamente durante unos segundos.

—Adiós para siempre, London —dijo, como si de verdad sintiera lástima.

Tensó la mano derecha, y los dos adversarios se miraron fijamente.

Aquella observación que duró apenas diez segundos, pareció interminable a los que presenciaban la dramática escena. De pronto el hombre bien vestido se movió.

Era un auténtico diablo manejando el revólver. Había

comprendido que su situación, pegado a la barra, era perjudicial, y saltó de costado mientras «sacaba». Dos llamaradas rojas brotaron de su revólver.

Las dos hubieran alcanzado a London si éste, con una larga experiencia en desafíos, no se hubiera movido a tiempo. En efecto, se pegó a la barra trágicamente, al notar en el último segundo que su adversario iba a ser más rápido que él. Las dos balas le rozaron la cabeza. Una le arrancó cabellos, y la otra le dejó una línea sangrienta en la sien. London, que nunca se había enfrentado á un enemigo tan veloz, disparó una sola vez, tirando a matar, pero no acertó tampoco.

El precario equilibrio en que se hallaba le había impedido fijar la puntería. La bala penetró en la mano derecha de su enemigo, haciéndole soltar el revólver mientras lanzaba una espantosa maldición.

Ahora estaba a merced de London, pero éste no disparó. No hubiera podido hacerlo tampoco, porque en aquel momento sonó una voz en la puerta:

—¡Quietos!

Todos se volvieron. El sheriff estaba allí, con un revólver empuñado en su mano derecha.

London guardó su Colt.

—Por mí vale, sheriff.

—¿Qué ha sido esto?

—Defensa propia, sheriff. Un desafío con igualdad de ventajas para los dos.

El dueño del saloon lo confirmó.

—Ya sabe que yo no miento, sheriff. Este caballero no hizo más que defender a una de mis chicas. En cuanto al otro, tampoco hay razón para detenerle, puesto que fue un desafío legal.

El sheriff apretó los labios.

—¡Bastantes preocupaciones tengo ya para que encima suceda esto, ¡maldita sea! ¡Y parece mentira que un profesional como usted, London, se desafíe en un saloon igual que un matasiete cualquiera! No quiero volver a verle por aquí, ¿estamos?

—Por mí de acuerdo, sheriff.

—Para convencerme voy a acompañarle hasta el rancho Grey. ¿No vive allí? ¡Y no vuelva a poner los pies en la ciudad hasta el día

en que se case, o le encierro en la peor celda que tenga!

London musitó:

—Conforme, sheriff.

Salió acompañado por el representante de la ley, sin diri gir una mirada al herido. Una vez fuera, los dos hombres montaron silenciosamente.

Charlie, que estaba en el exterior aguardando, masculló:

—¡No podremos hacer nada esta noche! ¡Condenación! ¡Pero juro que no se nos escapará mañana! ¡Mañana hemos de acabar con él o Morrison no nos pagará un dólar!

* * *

El sheriff dejó a su acompañante cuando estaban apenas a veinticinco yardas del cuidado césped que rodeaba el rancho Grey. En los edificios había luz y cualquiera hubiese comprendido que allí no existía ningún peligro.

Al girar grupas advirtió:

—¡Y recuérdelo: ni aparecer por la ciudad! ¡Si no lo hace así, juro por mi abuela que se pudre en una celda...!

—Bueno, sheriff, no se sulfure.

—¡ Al diablo!

Cuando vio desaparecer entre las sombras al representante de la ley, una amplia y satisfecha sonrisa distendió el rostro juvenil de London.

Chascó los dedos, como dando el asunto por terminado y fue a bajar del caballo. Pero en este instante oyó una voz junto a él.

—¿Satisfecho?

La mujer de la cuadra estaba allí. Le miraba al pie del caballo, quieta y sumisa como siempre.

Sus ojos eran como dos puntitos de luz en las tinieblas. Sus labios rojos temblaban suavemente.

—¿Qué haces aquí, Stella?

Mi obligación es recoger su caballo, señor. Y ayudarle a bajar, si el señor lo solicita.

—Déjate de tonterías.

London bajó y tomó al caballo de la brida dirigiéndose a la cuadra. Ella se puso a su lado silenciosamente.

—Aquella noche, cuando nos separamos, te fuiste bruscamente sin contestar a mis palabras —susurró London—. No me contestaste

cuando te pregunté tu nombre.

Ella tampoco contestó ahora. Caminó unos pasos y su figura se recortó a la luz que provenía de la puerta de la cuadra. London se dijo en contra de su voluntad que era la muchacha más bonita que había visto en su vida. Si con aquellas ropas burdas resultaba así, ¿cómo sería si alguna vez se vistiese como una auténtica señorita? ¿Cómo sería aquella mujer vestida con un salto de cama como los que debía tener Carlota Grey? ¿Cómo serían sus besos, sus caricias, cuando ella descubriese lo que es el amor?

Apretó los labios y se dijo que le convenía pensar en otra cosa. Por ejemplo en largarse en seguida de allí.

Stella se volvió. Sus ojos refulgieron un momento en la quietud de la noche.

Parecía ir a decir algo, pero no pudo.

Fueron unos pasos que se acercaban pausadamente a través del césped.

La persona que llegaba no tenía interés en ocultarse, y por eso pudieron oírla a tiempo.

Stella adivinó en seguida, por el sonido de los pasos, que se trataba de Carlota Grey.

En un instante desapareció con el caballo y London quedó solo sin haberse dado aún cuenta exacta de lo que ocurría.

—London...

—Hola, Carlota.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que acabas de llegar?

El no mintió.

—Sí, acabo de llegar de la ciudad.

—Es curioso lo que está pasando entre nosotros, London —dijo ella suavemente—. Muy curioso. ¿Por qué has vuelto?

—En parte porque el sheriff se ha empeñado en traerme hasta aquí y yo no he querido llevarle la contraria.

—¿Y por qué te ha traído hasta aquí?

—Él supone que vivo en Rancho Grey. Por supuesto que está equivocado, pero yo no he querido desmentirle.

Carlota Grey sonrió de nuevo. Anduvo unos pasos y se situó apenas a unas cinco pulgadas del rostro de London. Pareció como si quisiera besarle igual que la otra vez, como si quisiera ofrecerle sus mortíferos labios.

Pero ahora no llevaba ningún estilete escondido. ¿O quizá sí…?

—¿Qué pasa? —musitó Carlota Grey burlonamente—. ¿Ya no te atreves a besarme?

Él no la miró.

—Hay momentos en que pienso que es incomprensible lo que ha ocurrido entre los dos, muchacha —dijo con voz ronca.

—¿Por qué es incomprensible? ¿No somos un hombre y una mujer?

—Tú no eres una mujer como las otras.

Volvió a mirarla. Carlota Grey era tan fabulosamente bonita que podía hacer perder a cualquier hombre la noción de la realidad. Pero no era eso lo que más hechizaba en ella, sino aquella misteriosa sensación de peligro, de violencia, que se desprendía de toda su persona.

Era una hembra capaz de amar hasta la locura, pero también capaz de matar hasta el sadismo.

Ella musitó:

—¿Por qué has vuelto a Rancho Grey? Insisto en la pregunta. Yo intenté quitarte de en medio. ¿Por qué has vuelto entonces?

—En primer lugar porque me ha traído el sheriff, ya te lo he dicho. En segundo lugar porque debía devolverte un caballo. El que montaba es vuestro.

—¿Ah, sí?

El mío lo está curando Stella, esa muchacha que atiende las cuadras.

Carlota hizo con los labios un mohín de desprecio.

—Stella… Bonita zorra —murmuró.

Él no hizo caso de aquellas palabras. Se había dado cuenta ya de que Carlota Grey era una mujer orgullosa y que despreciaba a cuantos ella creía que no estaban a su altura.

—Ésa es otra de las razones de que haya vuelto —añadió él—. Además las cosas han cambiado.

—¿En qué sentido?

—Tú sabes bien que ya no somos enemigos. Me he enfrentado a Morrison y su maldita compañía con todas las consecuencias que eso trae consigo. Una de esas consecuencias puede ser hacer un viaje de turismo al cementerio, pero no me arrepiento del camino que acabo de emprender.

—Sí, ya sé que te has enfrentado a Morrison. Y que Elena Darnell, la mujer que te contrató, ha muerto.

London entrecerró un instante los ojos.

Por ellos pasó como un cálido chispazo de pena, de nostalgia, casi de desesperación.

—Era toda una mujer —susurró—. Creo que no podría encontrar jamás a otra como ella... si no existieras tú.

Carlota se había acercado un poco más.

La tensión pasional entre ambos parecía ir a estallar de un momento a otro.

—He vuelto a la ciudad —murmuró él, dejando de mirarla—, porque Morrison me había dado un cheque de tres mil dólares al tenderme una trampa.

Y tres mil pavos son tres mil pavos aquí y en Suecia, de modo que un profesional como yo no iba a dejar de cobrarlos. Además confiaba en tener una oportunidad para liquidar a Morrison de una vez. Había avisado al dueño del Banco de que pasaría a cobrar el cheque a una determinada hora para que tuviese el dinero preparado, pero en realidad yo confiaba en que quien estaría «preparado» sería Morrison. Y eso me iba a dar una magní fica oportunidad para liquidarle.

—O para que te liquidase él a ti, ¿no es cierto?

Había ido a la ciudad sabiendo lo que le esperaba y aceptan do todos los riesgos. Estaba habituado a cosas así.

—Por supuesto me habían preparado una trampa —dijo—, pero los cuatro hombres encargados de actuar no se supieron mover a tiempo. Estaban en la calle principal haciendo las cosas más inocentes, desde cargar una pipa a arrancar virutas de una madera. Yo les di oportunidad para que actuasen, pero no eran gente de primera clase. Se entretuvieron demasiado. El único que se movió fue el individuo que me esperaba en el saloon cercano al Banco.

—¿Quién era?

—Oswald. Se trata de un profesional como yo, pero muy dado a los gestos espectaculares. Le gusta vestir bien. Sólo al verme ya provocó una pelea golpeando a una chica, puesto que sabía que yo intervendría al verlo. De ese modo tendría un pretexto para matarme «legalmente».

—¿Se atrevió a desafiarte cara a cara?

—Ya te he dicho que es un profesional como yo. Pese a sus gestos espectaculares, suele jugar limpio dentro de lo que cabe.

—Lo has matado, supongo.

—No, y te aseguro que no ha sido por falta de ganas —London rió secamente—. Esta vez he fallado, muchacha. Le he dado en la mano en lugar de darle en el corazón. De todos modos ya no volverá a intervenir ni a cruzarse en mi camino.

Ella se acercó aún un poco más.

Era como si le dijese con la mirada y con los labios. «Arriésgate, tonto...».

Pero él no cayó en su hechizo. Su voz fue lejana e indiferente al decir:

—De modo que he hecho lo posible por enfrentarme a Morrison y no he tenido, sin embargo, la menor oportunidad de echármelo a la cara. En cambio tú no has perdido el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dice y sabe todo el mundo. El sheriff ha traído a la ciudad el cadáver ya medio descompuesto de otro de los «agentes ejecutivos» de la compañía ferroviaria. No hay que romperse mucho los cascos para darse cuenta de que lo liquidaste tú.

Carlota Grey no contestó.

Seguía mirándole fija e intensamente.

—También liquidaste al juez Regent —dijo London—. Ese sí que fue un golpe de una audacia capaz de asombrar incluso a un granuja como yo. Regent había llegado a juez con toda clase de artimañas y trabajaba desde fuera para la compañía ferroviaria, pero no es eso lo más importante. Lo esencial era que, según dicen, él fue quien mató al viejo Grey.

—Sí. El fue quien lo mató.

—Entonces tu padre ha sido vengado.

—Sí.

La voz de la mujer era lenta, suave; hablaba con un acento cargado de insinuaciones.

Arrastraba cada sílaba.

# CAPÍTULO XV

El momento de la decisión Los ojos de la mujer eran quietos y ardientes. Más que nunca parecían los de una tigresa. Siempre con aquella voz suave y pastosa musitó:

—Esto tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Es poco.

—A mí también me ha sabido a poco tu demostración, Carlota, pero me temo que alguien, por ejemplo tu hermano, nos esté viendo.

—Mi hermano es un cobarde. Olvídalo.

Una hembra como aquélla resultaba mucho más peligrosa que una bala de Morrison.

Pero en aquel momento les interrumpió la llegada de varios vaqueros que acababan sus tareas e iban a depositar sus caballos. Carlota Grey se apartó mientras musitaba:

—No te vayas de aquí. Me gustaría que te quedaras a vivir en el rancho.

—Sus deseos son órdenes para mí, señora —dijo irónicamente London—.

Y ya que el sheriff cree que vivo aquí, voy a darle la razón.

Fue hacia la cuadra porque quería ver cómo se encontraba su caballo. E igual que la otra vez, vio a Stella cuidando de los animales, cosa que hacía con una ternura especial. Había en sus gestos una delicadeza, una suavidad que dejaron boquiabierto al hombre. ¿Se quedó boquiabierto también por algo más? ¿Por la fantástica belleza de la chica? ¿Por la calidad de aquellas curvas que las ropas vulgares no llegaban a disimular?

Ella le había visto ya. Ya le sonrió desde la penumbra.

—Supongo que viene a ver a su caballo, señor —dijo.

—¿Por qué me tratas con esa ceremonia, Stella? ¿Por qué me sigues llamando «señor»?

—Debo tratar así a todo el mundo.

—¿Lo haces quizá para que haya una distancia entre tú y los hombres? ¿Les tienes miedo?

Los párpados de la muchacha temblaron un momento. Luego sonrió de una manera lejana, un poco triste.

—Nunca he tenido miedo a nadie, señor. Además aquí apenas me ven.

—Ya lo noto. Vives demasiado recluida.

—Sólo en cierto modo. A mí apenas me ve nadie, pero yo, en cambio, veo a los demás.

Los labios del joven se fruncieron en una leve mueca. Supo por dónde iba la preciosa muchacha.

—Lamento que esa sesión no haya resultado demasiado edificante para ti —dijo.

—Al contrario, señor. Ha sido muy instructiva.

—¿Desde dónde nos has visto?

—Desde cualquier parte. Yo lo veo todo, señor.

—Es curioso... Pareces una mosquita muerta y eres todo lo contrario.

Ella dejó lo que estaba haciendo y se acercó suavemente. Tenía unos movimientos felinos que resultaban aún más peligrosos que los de Carlota Grey.

London pensó que había conocido a las tres mujeres más bonitas de su vida en poco tiempo. Que había tenido en sus manos un póquer de reinas capaz de enloquecerle.

Pero una de las reinas, Elena Darnell, ya estaba muerta. ¿Qué ocurriría con Carlota Grey? ¿Y con Stella, con esa divinidad ignorada que ahora tenía delante de los ojos?

Ella preguntó con una voz tan suave como sus gestos:

—¿Le gusta la señorita Grey?

—¿Por qué negarlo?

—Sí, ya sé... Es una mujer preciosa. Pero las mujeres no nos solemos engañar en esta clase de asuntos, ¿sabe? Adivino que le gusta no sólo por sus líneas perfectas, sino principalmente por otra razón.

—¿Cuál?

—Ella es la mujer que ha impuesto su ley en esta comarca. Es la diosa vengadora a la que todos admiran y a la que todos temen. ¿No le gusta especialmente por eso? ¿No está pensando que es una mujer como jamás encontrará ninguna otra?

Él no contestó al principio.

Pero quería ser sincero. No deseaba mentir a una muchacha que le preguntaba con tanta sinceridad.

—Sí —dijo—, me gusta por eso.

—O sea que usted no está enamorado de una mujer, sino de una leyenda.

—Tu intuición femenina no te ha engañado, Stella. Efectivamente, su aureola me seduce aún más que lo turbador de sus líneas.

Stella sonrió.

Se había acercado también.

Pero algo rompió el hechizo que los envolvía.

En aquel momento comprendieron los dos que había llegado la hora de la decisión.

Sonaron disparos en la lejanía, disparos que se aproximaban cada vez más a los edificios principales del rancho.

# CAPÍTULO XVI

¡Masacre!

El joven la soltó de repente. Lo hizo con tal brusquedad que Stella casi fue derribada. Con un soplo de voz, la muchacha se quejó:

—¡Qué inoportunos!

London se volvió hacia la puerta de la cuadra. La dirección de los disparos y su intensidad le hizo comprender que se estaba librando una auténtica batalla en los límites del rancho.

Sin duda Morrison, viendo que las cosas se le habían complicado, acababa de dar el paso decisivo. Adiós a las conveniencias políticas y adiós al falso respeto a la ley. Sabiendo dónde estaba su mortal enemiga, iba a acabar con ella costase lo que costase.

Por eso debía haber reunido una serie de pistoleros y atacaba Rancho Grey. Su intención estaba clara: no dejar piedra sobre piedra y realizar una auténtica masacre.

También Stella parecía haber seguido la línea de aquellos pensamientos, porque musitó:

—Han encontrado resistencia. Los guardianes que siempre hay en los límites del rancho se les están oponiendo.

—Sí, pero me temo que no duren mucho. Aunque sólo con que consigan frenarlos diez minutos más nos habrán hecho un favor decisivo.

—¿Porque nos permitirán organizar aquí una buena resistencia?

—Sí.

—En ese caso le deseo suerte, señor.

—Más te la deseo a ti. Procura ocultarte. Tú eres una mujer bonita y nunca se sabe lo que puede ocurrir si esos salvajes vencen.

Otra vez aquella sonrisa enigmática, otra vez aquella sonrisa

sombría.

—Oh, no se preocupe, señor —dijo Stella—. Yo soy insignificante. Yo soy sólo la chica que se cuida de la cuadra... Y desapareció entre los caballos.

En la memoria de London pareció quedar grabada para siempre aquella enigmática sonrisa, el brillo inquietante de aquellos ojos.

Pero tenía otras cosas en que pensar, porque sabía que los atacantes estarían allí en pocos minutos. De modo que se dirigió sin vacilar hacia el edificio principal del rancho.

Pudo ver que en el porche se habían congregado varios vaqueros, pero estaban indecisos. Esperaban órdenes. Si no había alguien que les mandaba y les organizaba, dándoles ánimos al propio tiempo, se desbandarían fácilmente.

Y esas órdenes sólo podía darlas el dueño del rancho. London penetró en el edificio y se dirigió hacia el despacho.

El heredero estaba allí.

El joven Grey se retorcía temerosamente los dedos tras su mesa. Tenía la mirada perdida. Y clavó los ojos en London con una expresión de hostilidad, como si pensara que él había venido a complicarlo todo.

—¿Qué quiere? —masculló—. ¿Por qué está aquí? London puso ambas manos sobre la mesa.

—Porque me sale de las narices, hermano. —¡Váyase! ¡Me compromete!

—Ah... ¿Le comprometo? —¡Morrison está asaltando el rancho por su culpa!

—Me temo que no sea sólo por mi culpa, sino también por la de tu hermanita, que es mucho más digna y más vehemente que tú. Pero mientras nosotros hablamos tienes hombres que están muriendo en los límites del rancho para que tú sigas viviendo. Y tienes otros hombres ahí fuera esperan órdenes. ¡Haz que organicen una línea de defensa! ¡Vende cara tu piel!

El joven Grey se arrugó.

Aquello de defenderse y de vender cara su piel «no le sonaba». Parecía como si le hablaran en un idioma de otro planeta.

—Tengo otro plan, London —dijo—. Váyase al infierno.

—¿Qué plan?

—Ceder...

—¿Ce...der?

London miraba al heredero como si éste fuese un bicho raro, como si no pudiera creerlo.

—Sí —dijo desmayadamente—. Si Morrison quiere mi rancho entero se lo daré. Prefiero eso que acabar a cinco palmos bajo tierra como mi padre.

—Óyeme bien, cobarde de las narices: Morrison no te pedirá sólo el rancho, sino también la vida de tu hermana.

Grey no contestó.

Estaba aturdido.

Diríase que los pensamientos no entraban ya en su mente completamente paralizada por el terror.

London le zarandeó.

Los disparos se oían cada vez más cerca. Sin duda las defensas exteriores habían cedido.

—¡Muévete, maldito perro! —gritó—. ¡Muévete, rata de alcantarilla! ¡Tienes hombres ahí! ¡Defiéndete y no dejes que sus caballos pasen por encima de la tumba de tu padre...!

Pero Grey tampoco reaccionó.

Era como un pelele. Tenía los ojos dilatados por el horror. Ni siquiera pensaba.

London movió su puño derecho.

Supo que hacía mal, porque al menos para acarrear municiones tal vez Grey hubiera servido. Así se quedaban con un hombre menos. Pero le atizó tal gancho a la mandíbula que lo dejó tendido sobre la mesa y oyendo sonar en su cerebro todas las campanas de Texas.

Luego se volvió hacia la puerta.

Las circunstancias apremiaban. Cada segundo tenía su importancia ahora.

Los atacantes ya estaban encima.

London salió al porche con la intención de organizar un núcleo de defensa con los vaqueros que poco antes había visto allí. Pero se llevó una de las más condenadas sorpresas de su vida al ver que ya se habían escabullido. La sensación de que allí la palmarían todos les había aterrorizado en el último momento.

Claro que no tenían ellos solos la culpa. Nadie les había organizado ni les había dado órdenes.

London ahogó una maldición.

Y entonces vio a su lado a Carlota Grey.

Tranquila. Flexible. Alerta.

Una tigresa al fin. Lo mismo dispuesta a acariciar que a clavar las uñas en la garganta y a deleitarse viendo correr la sangre.

London susurró:

—Ha llegado la hora de la decisión, muñeca.

—¿Dónde está mi hermano?

—K.O.

—¿No ha querido defenderse?

—Por eso es mejor que duerma —dijo tranquilamente London mientras acariciaba su Colt.

Luego señaló hacia la puerta.

—¿No te vas a poner bonita para recibir a esos tipos? —preguntó.

—¿Bonita?

—Tu blusita, tus botas, tus medias finas, tus shorts...

Ella no contestó. Fue hacia el interior de la casa, desapareciendo en seguida en ella.

Y London supo que, al menos, tenía una buena aliada. La única aliada con que podía contar para defender el rancho y tratar de liquidar a Morrison, puesto que todos los demás habían huido. Estaban materialmente sólos Carlota y él.

A partir de ese momento, London obró con una calma glacial.

Comprobó que la carga de su Colt estuviese completa y penetró también en la casa para dirigirse al armero don de se guardaban los rifles. Eligió un Winchester último modelo, se llenó los bolsillos de balas y fue sin precipitarse hacía una de las ventanas.

Cuanto más difícil era su aventura más tranquilo estaba London. Se situó a un costado del hueco y esperó.

El ruido de los cascos de los caballos llenaba la noche. ¿Eran doce los hombres que atacaban? ¿Quince tal ver?

El joven esperó a verlos bien para hacer fuego, pues de momento todo estaba cubierto por las sombras. Pero tuvo que ahogar una maldición al darse cuenta de que, antes de hacerse visibles, los atacantes se dividían para que parte de ellos asaltaran el edificio por la espalda.

Así no podría frenarlos.

De pronto los vio. Un par de jinetes emergieron de entre el mar de tinieblas que rodeaba el edificio. ¡Baaaaaang!

La bala ladró instantáneamente. London podía disparar sobre seguro porque a él no le habían visto aún, de modo que aprovechó la oportunidad para repetir. ¡Baaaaaang!

Los dos jinetes habían caído como peleles de sus caballos. Otros más aparecieron en seguida, pero abriéndose en abanico con tal rapidez que London apenas podía verlos.

Hizo fuego otra vez.

Falló la tercera bala.

Ahogó una nueva imprecación al darse cuenta de que las cosas estaban empeorando rápidamente. Ahora le habían visto, y dos hombres pie a tierra disparaban contra la ventana sólo para tenerle inmovilizado mientras los demás avanzaban.

Tuvo que retroceder. Pasó una puerta y se parapetó tras el piano donde por primera vez había conocido a Carlota Grey. Aquél era un buen escondite, puesto que no podía evitar que los asaltantes entraran en la casa.

Vio a uno pasar por el vestíbulo.

No disparó contra él porque era un blanco demasiado difícil. Un vaquero que se rendía pasó con las manos alzadas ante el campo visual de London. El joven hizo que sus dientes rechinaran con rabia al ver cómo lo mataban sin hacer caso de sus patéticos gestos.

Acarició fríamente el cañón del rifle.

Un hombre apareció entonces en la puerta con el Colt desenfundado.

Sin duda creía que no había nadie allí. Paseó una mirada circular y de pronto distinguió el negro ojo del rifle que le apuntaba fijamente.

Apenas pudo susurrar:

—No dispa...

London le clavó una bala entre las cejas y luego saltó. Ya estaba descubierto de nuevo, de modo que más valía moverse. Llegó de nuevo al vestíbulo, donde tres pistoleros que acababan de irrumpir allí le miraron asombrados sin poder creer todavía en semejante audacia.

Parecía como si aquel loco buscara la muerte.

Y, en efecto, London acababa de cometer un terrible error,

porque al entrar allí no había pensado que le estarían aguardando tres hombres. Febrilmente disparó contra el primero de ellos y le voló la cabeza mientras los otros dos apuntaban.

London entrecerró los ojos.

Ya estaba listo.

Pero las cosas cambiaron en milésimas de segundo, en menos de lo que dura un parpadeo. Desde arriba, desde la baranda del piso superior, disparó alguien más.

London vio los dos fogonazos.

Oyó los dos gritos de muerte.

Y vio fugazmente, en la baranda superior, a la mujer que tantas veces había admirado. Claro que la vio fugazmente, sólo como una lejana y rápida aparición, pero fue bastante para distinguir las fabulosas piernas, las altas botas y la blusa gris, además de la cabellera color bronce.

La muchacha saltó como una gacela.

London sonrió.

Al menos Carlota Grey estaba en forma. Iba a dar trabajo a aquellos perros si querían ocupar el rancho.

Soltando el rifle, porque a tan corta distancia le resultaba un arma embarazosa, London extrajo el Colt y lo amartilló. Oía ruido en la parte posterior de la casa, de modo que fue hacia allí.

Atravesó una puerta. Y de repente se encontró otra vez en la sala del piano.

Un pistolero acababa de entrar en ella. Se volvió con la rapidez del rayo mientras lanzaba una imprecación.

London apretó el gatillo.

La cabeza de su enemigo resbaló por el teclado al caer, produciendo un largo y siniestro «cloooonc». Fue un extraño himno funeral. Así como el senador Gaskell había muerto con champaña francés, este pistolero había tenido al menos el placer de morir con música.

De pronto el joven volvió la espalda.

Acababa de oír tras él el chasquido de una tabla. Todo estaba ocurriendo con la velocidad alucinante de una pesadilla, de modo que London había perdido ya la noción de la realidad. Actuaba y disparaba como una máquina.

Sus reflejos le salvaron ahora. El hombre que estaba tras él lo

vio casi al mismo tiempo, pero no fue tan rápido.

Sintió un choque en la frente.

Y de repente todas las luces del interior de la casa, y que veía de un color rosado, se volvieron espantosamente rojas.

London pasó por encima de su cuerpo mientras se dirigía al piso superior por una escalera de servicio. Oía ruidos arriba, lo cual indicaba que los asaltantes estaban ya allí. Como una sombra se deslizó entre los dormitorios a tiempo de ver otra escena de masacre.

Dos de los criados acababan de ser asesinados. Y eso que no llevaban armas en las manos ni habían ofrecido resistencia.

London atravesó una puerta apoyándose en ella. Vio a uno de los pistoleros que tocaba una cama como si quisiera parapetarse allí.

—Descansa, hermano, descansa —dijo London suavemente.

Y apretó el gatillo.

Su enemigo cayó sobre la cama tras hacer una trágica pirueta. Otro atravesó en aquel momento la puerta que había enfrente.

—¿Pero qué pasa, Charlie?

London susurró:

—Nada, muchacho... ¿Qué va a pasar?

Y disparó de nuevo. Vio que su enemigo hacía también una terrible pirueta antes de caer. Resbaló por la pared y acabó estrellándose contra una ventana.

El joven recargó su Colt con la mayor frialdad. Seguía teniendo la calma del que está en un ejercicio de tiro. Salió al pasillo del piso superior y entonces vio a dos hombres más que venían hacia él.

Uno de ellos era bajito y rechoncho, y el otro alto y del gado. Formaban una curiosa pareja. Fue el alto el que primero vio a London.

—¡Cuidado!

Intentó apartarse, pero no tuvo tiempo. London disparó. Vio que el otro intentaba parapetarse en el caído mientras gritaba:

—¡Nooooo!

London apretó con rabia los labios.

Era la voz de Morrison.

El millonario, con el revólver en la mano, disparó furiosamente mientras aún intentaba cubrirse en el muerto. London se pegó a la

pared mientras sentía junto a sus párpados el soplo de la muerte.

Por unos instantes había estado a punto de confiarse demasiado. Resbaló hacia el suelo mientras Morrison trataba de huir.

La bala que le envió London fue de abajo arriba. Le atravesó la nuca antes de hundirse en el fondo de su cerebro. Morrison lanzó un grito de rata asustada y resbaló junto a las puertas antes de caer definitivamente un par de yardas más allá. Parecía imposible que, después del balazo mortal, aún hubiera tenido fuerzas para moverse. Quedó con los ojos muy abiertos y como si mirara hacia el sitio donde estaba London.

Éste pasó por encima de su cuerpo mientras murmuraba:

—Una muerte rápida y en un rancho que todavía es de lujo... ¿Qué más quieres, mequetrefe? ¿Por qué me miras con tan mala cara?

Anduvo unos pasos para llegar al final del pasillo y de pronto se volvió mientras murmuraba:

—¿O tal vez te hubiera gustado tener champaña, como el senador Gaskell?

El joven guardó el Colt, hizo chascar sus dedos y avanzó hacia la puerta que daba al dormitorio de Carlota Grey.

Valdría la pena verla con sus ropas de tigresa. Valdría la pena tener en los brazos a aquella asesina de raza. Valdría la pena besarla en la boca.

# CAPÍTULO XVII

¿De veras, London?

El dormitorio estaba intacto, pues hasta allí no habían llegado los asaltantes. London captó el perfume especial de la mujer, aquel perfume caro y embriagador que tanto había empezado a conocer y que recordaría mientras viviera.

Pero Carlota no se encontraba allí. Sin duda debía defen der otros sectores de la casa, a pesar de que los atacantes estaban ya huyendo. London pasó a la habitación contigua, que era un vestidor, y entonces...

Sus ojos se dilataron de asombro.

Sus dientes produjeron un chasquido.

Por un momento no pudo creerlo. ¿Qué hacía Carlota Grey allí? ¿Por qué estaba tendida en el suelo? ¿Por qué se sujetaba una de esas fascinantes piernas un poco por encima de la línea turbadora en que terminaba la media?

Las respuestas estaban claras: Carlota se encontraba así porque l a habían herido en el muslo. Pero ¿por qué no iba vestida como London la vio unos minutos antes? ¿Por qué llevaba las mismas ropas que cuando se separaron en el momento de comenzar el ataque?

No era sólo eso lo que no tenía respuesta. Había también algo más. Por ejemplo, bastaba mirar la herida para darse cuenta de que ésta se había producido al principio del combate, o sea que... ¡Carlota no pudo moverse durante todo él! Estaba allí desde el principio!

London estaba literalmente asombrado.

No lo entendía.

Ni un rayo cayendo a sus pies le hubiera dejado tan sin fuerzas, tan completamente atónito.

Ésa fue la causa de que no se enterara de lo que estaba ocurriendo a su espalda. Carlota Grey le miraba tan fijamente que no se enteró tampoco.

Ninguno de los dos vio al último pistolero de Morrison, al tipo que había aparecido en el umbral, detrás de London, y que alzaba el martillo silenciosamente.

Fue el levísimo «tlic» el que alertó a Carlota Grey. Ella alzó los ojos de pronto. Ni tiempo para volver la cabez a quedaba. Se dio cuenta de que London iba a morir y apenas pudo barbotar:

—¡Cuidado!

Era inútil.

London ya no podía ni pestañear.

De todos modos se volvió para ver la muerte cara a cara mientras oía la detonación. Tuvo como un involuntario espasmo al pensar en la muerte, al pensar en la bala que quizá le atravesaría los ojos. Pero no sintió ningún dolor, ninguna sacudida. Lo único que vio, como en una alucinación fue la cabeza de su enemigo al abrirse. Y detrás del enemigo... detrás de las sombras... detrás de la duda... vio a la diosa de las botas de media caña. A la diosa de las medias finísimas. A la tigresa de la blusita transparente. A la mujer de la melena color bronce, el mismo color de los cabellos de Carlota Grey. A la temible damisela del revólver vengador, a... a Stella! A la mujer que menos hubiera podido imaginar! ¡Stella!

# CAPÍTULO XVIII

Un profesional en apuros Durante unos segundos que le parecieron interminables, abrumadores, London no supo qué decir. No supo qué pensar tan siquiera. Hasta la boca se le había abierto. Por su memoria pasaron una serie de detalles que le dejaron atóni to.

Pero sobre todo estaba allí la presencia hechicera de la mujer, aquella mujer que tuvo la virtud de borrar todos sus pensamientos con su sola voz.

Stella musitó:

—Hay algo que tú no has sabido nunca. London: Grey también era mi padre.

—¿Tu... tu... padre?

—Sí. E incluso me reconoció, aunque por voluntad de mi madre, para no turbar la paz familiar de este rancho jamás pusimos los pies aquí. Fui bien educada y viví feliz hasta que la compañía del ferrocarril empezó a actuar aquí.

Nosotros teníamos unas pequeñas tierras cedidas por Grey, y para hacerse con las mismas los pistoleros de Morrison mataron a mi madre. Entonces vine aquí, pero también mi padre acababa de morir. Creí que era más noble contarle la verdad a Carlota y así lo hice. A su hermano no le dije nada porque él es un cobarde incapaz de comprender.

—¿Y... y Carlota qué te contestó?

—Me recibió bien. Es una muchacha noble e incapaz de cometer dobleces. Como estaba dispuesta a defender el rancho y vengar a su padre, aceptó mi plan. Yo estaría en el lugar más apartado de esta casa y procuraría pasar inadvertida. Sería una muchacha que no servía más que para cuidar de los caballos. Eso precisamente me permitiría llevar adelante nuestro plan.

—Pero ¿Carlota no se daba cuenta de que…también corría peligro?

—Era lo menos que podía hacer. Las dos, en realidad, trabajábamos para lo mismo. ¿Y ahora qué dices, London? ¿Sigues enamorado de la leyenda?

Los labios del joven temblaron.

Él estaba enamorado de… de… de…

Dijo:

—¡Diablos!

—Es ella la que te merece —dijo Carlota Grey suavemente—. Cuando me besabas a mí creías besarla a ella, London, seamos sinceros. Sé que Stella también está enamorada de ti porque entre nosotras no hay secretos. Vete con ella y… y venid a verme algún día.

London musitó:

—Antes debo curarte esa pierna, ¿no?

Y tomó dulcemente entre sus manos el muslo herido. Stella se acercó con unas vendas.

—Gracias por tu ayuda —dijo London sonriendo.

—No, si no es para ayudarte —dijo Stella con una sonrisa más ancha aún—. Es para que no se te ocurra darle un masaje. Ahora habrás de ir con cuidado. London. ¡Cuando vigilo tengo una vista…!

FIN